



SS

**SERVICIO
SECRETO**

ALAN CARSON

VEINTE DOLARES DE TIEMPO

ALAN CARSON

Veinte dólares de tiempo

1.^a EDICIÓN
JULIO-1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

396 — Tres años después.

En Colección SERVICIO SECRETO:

237 — K. O. mortal. 246 — Tres balas. 270 —
El buda de marfil.

CLASIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1957

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.



CAPÍTULO PRIMERO

Contemplándose en el espejo, Stanley Mac Coy hizo un vago gesto de ironía. Estaba muy pálido y tenía grandes ojeras. Sentía náuseas. Abrió el grifo del agua fría y mantuvo las manos durante un rato dentro del lavabo, dejando que el agua cayera con fuerza sobre sus muñecas. Luego se alisó un poco el cabello, dio media vuelta y salió con paso vacilante.

El bar estaba vacío. Los decorados cubistas que adornaban las paredes se agitaban, convulsos, ante la mirada turbia de Mac Coy. También los taburetes rojos parecían bailar burlonamente y el dueño del establecimiento, que estaba detrás del mostrador, parecía tener a su lado un hermano gemelo.

«He bebido demasiado», pensó Mac Coy, vagamente.

Se apoyó en una de las mesas para conservar el equilibrio y miró en torno suyo.

La chica no estaba.

Reflexionó unos momentos, cerrando los ojos. ¿La chica existía realmente o solo era un producto de su imaginación? No recordaba nada, pero allá, en el fondo de su subconsciente, había algo relacionado con una mujer. Una mujer cuyo rostro se había desvanecido entre los vapores del alcohol.

Se acercó al mostrador y logró encaramarse trabajosamente en uno de los taburetes rojos.

—Ginebra —pidió, con voz pastosa.

El *barman* le contempló unos momentos con gesto inexpresivo, cogió una botella de ginebra y llenó un vaso.

Mac Coy bebió el contenido sin respirar, chasqueó la lengua y se limpió los labios con una servilleta de papel. Luego, dijo:

—Otro.

Encogiéndose de hombros, el *barman* volvió a servirle. Esta vez Mac Coy bebió más despacio, desabrochándose, después el cuello de la camisa. Hacía demasiado calor allí dentro.

—¿Cuánto es? —preguntó.

—Veinte dólares, señor.

Mac Coy sonrió. Veinte dólares eran muchos dólares, pero no se sentía con ánimos para discutir. Además, no tenía ni la menor idea de lo que había consumido, y a lo mejor resultaba barato el precio.

Sacó una billetera de piel, separó lentamente dos billetes de a diez, añadiendo otro de un dólar de propina, y los dejó sobre el mostrador, murmurando:

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Al descender, derribó el taburete en el que se hallaba sentado, y el ruido que produjo al chocar contra el suelo repercutió en sus oídos como si hubiera sido un cañonazo. El redondo asiento, tapizado de rojo, empezó a dar vueltas. Mac Coy se agachó.

—Déjelo, señor. Yo lo recogeré.

—Gracias —repuso, irguiéndose.

Echó a andar hacia la puerta muy despacio, tratando de conservar el equilibrio, y salió a la calle. También allí hacía calor y no corría el menor soplo de brisa.

Cruzó la calzada y subió a su coche, que estaba aparcado al otro lado. Con mano torpe, encendió un cigarrillo, monologando:

—He debido de estar mucho tiempo en este tugurio —al cabo de unos instantes, añadió—: Exactamente, veinte dólares de tiempo.

Tiró de la puesta en marcha y arrancó. La dirección del automóvil no funcionaba bien. Solo así se explicaba aquella sañuda tendencia a precipitarse contra las aceras.

Torció por una bocacalle, salvando por milímetros un farol, y pisó fuerte el acelerador. Unos minutos más tarde se encontró en la carretera de Chicago.

Cada vez notaba con más intensidad los efectos de la bebida y hubo un momento en que pensó que sería mejor detenerse un rato y esperar hasta que estuviera más despejado. Sin embargo, siguió adelante. Tenía la impresión de que su presencia en Chicago era

necesaria y debía llegar allí lo antes posible. Lo malo era que no lograba recordar el motivo.

En Springfield había hablado con alguien. Sí, eso era. Un tipo alto y flaco que parecía muy preocupado. Se llamaba... Bueno, ya recordaría su nombre. Le había llamado por teléfono a Chicago rogándole que fuese a verle inmediatamente para encargarle algo. Habían hablado unos minutos... ¿sobre qué?

Mac Coy se encogió de hombros. Tenía el cerebro envuelto en una pesada bruma que le impedía coordinar las ideas. Solo de cuando en cuando surgía una ráfaga de luz en medio de aquella perezosa oscuridad mental.

Lo importante era llegar a Chicago y descansar. Luego podría empezar a pensar sensatamente. ¿Pero cómo rayos le había dado por beber de aquel modo?

Cuando salió del despacho del hombre alto y flaco fue... Fue a cenar, claro. Tenía que cenar antes de emprender el regreso a Chicago. Estuvo en un restaurante donde le sirvieron un bistec bastante duro con cebollas muy fritas. Y después... Después encontró a una chica, qué diablos. Ahora lo recordaba. Se dio una palmada en la frente y se echó a reír. Siempre le sucedía igual. Whisky, ginebra, mujeres... Movié la cabeza en gesto de reproche hacia sí mismo. La chica se llamaba Joan. Al menos, eso fue lo que ella dijo. Joan, sí. La invitó a tomar algo, estuvieron en diferentes sitios. Y ella debió abandonarle, sin que se diera cuenta, cuando se encontraban en aquel bar de los taburetes rojos y los decorados cubistas.

Las mujeres eran todas iguales. Caprichosas, absurdas, nunca se sabía lo que iban a hacer. ¿Por qué se había marchado Joan sin despedirse? ¿O quizá se despidió y él no lo recordaba? Bueno, Joan podía irse al infierno. Y todas. Además, ni siquiera estaba seguro de si era rubia o morena. Pero tenía buen tipo, eso sí lo recordaba.

Tomó una curva con cierta dificultad y empezó a bajar una pronunciada pendiente. Abajo había un puente y después empezaba una larga subida.

Algo se movió en medio de la pista. Mac Coy adelantó el rostro hasta juntarlo casi con el parabrisas. La luz de los faros alumbró una figura humana que agitaba los brazos, haciéndole señas de que se detuviera.

Stanley pensó que era una hora bastante intempestiva para practicar el *auto-stop* y tal vez lo más sensato fuera pasar de largo.

Frenó por fin, sonriendo, al observar que era una mujer la que le hacía señas y que había un coche detenido al borde de la carretera.

Probablemente había sufrido una avería.

Asomando la cabeza por la ventanilla, inquirió:

—¿Qué hay, nena?

La mujer no contestó. Se le quedó mirando con gesto estúpido y de pronto sus piernas se doblaron. Extendió las manos, agarrándose a la portezuela del coche para no caer.

—¡Vaya! —murmuró Stanley—. Por lo visto no soy yo el único mortal que rinde culto a Baco con excesivo entusiasmo.

Se apeó del vehículo y sujetó a la mujer por un brazo.

—¿Se le ha averiado el coche —inquirió—, o es que ha bebido demasiado y no puede conducir? Tendría gracia, nena. Yo también he bebido como un bárbaro y, en realidad, no debería manejar un volante en estas condiciones.

La mujer alzó la mirada y murmuró trabajosamente:

—Por favor... ayúdeme.

—Claro, no faltaba más. La ayudaré. Soy un buen chico y me encanta socorrer a las mujeres desamparadas, sobre todo si son jóvenes y bonitas.

Tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar, porque la cabeza le daba vueltas y seguía sintiendo náuseas. Su dicción era torpe y lenta.

—Vamos, suba —la animó. No estaba nada seguro de poder cogerla en brazos para meterla en el coche.

De pronto, la mujer se desplomó pesadamente. Mac Coy la tenía sujeta por el brazo, pero la brusca caída le cogió de improviso y no pudo evitar que la muchacha quedara tendida sobre el asfalto y poco faltó para que le arrastrara también a él.

Arrodillándose junto a ella, barbotó:

—Esto me ocurre por imbécil. Si no hubiera parado... A ver cómo me las arreglo ahora para cargar contigo.

La incorporó, pasándole un brazo por la espalda. No podía dejarla allí, expuesta a que la atropellara un coche o a que el relente de la madrugada le proporcionase una hermosa pulmonía.

—Para beber, hermana... —comenzó a decir en tono sentencioso.

Se interrumpió al notar en la mano derecha el contacto de algo cálido y viscoso que resbalaba por la espalda de la mujer.

No necesitaba verlo para saber que era sangre.

—¡Infierno! —murmuró.

Volvió a dejarla en el suelo y entró en el automóvil. En el pequeño departamento que había junto al salpicadero llevaba una linterna eléctrica. La cogió y, encendiéndola, se arrodilló por segunda vez al lado de la muchacha.

La herida que esta presentaba en la espalda era de bala y tenía mal aspecto.

Stanley Mac Coy se enjugó el sudor que resbalaba por su frente. Las cosas se complicaban a veces de la forma más inesperada.

Taponó la herida lo mejor que pudo con un pañuelo, cogió a la muchacha en brazos y la acomodó en el asiento trasero del coche.

En dos zancadas se acercó al automóvil que estaba parado unas cuantas yardas más adelante. Era un *roadster* «Pontiac» que llevaba la capota bajada y no estaba correctamente aparcado junto a la cuneta, sino en sentido tangencial a la carretera, como si algo hubiera obligado a quién lo conducía a detenerse violentamente. Tenía encendidas las luces de cruce y el contacto puesto. El motor, al «ralentí» emitía un sonido rítmico, casi imperceptible.

Mac Coy examinó el interior a la luz de la linterna, sin encontrar nada de interés. Resultaba claro que la muchacha había frenado precipitadamente, descendiendo del coche a toda prisa, sin preocuparse siquiera de cerrar el contacto.

Vaciló Stanley unos momentos y, por fin, se puso al volante, arrimó debidamente el coche a la cuneta, apagó las luces, cortó el encendido y guardándose las llaves se dirigió nuevamente a su coche y arrancó velozmente. Pasara lo que pasara, tenía, ante todo, que llevar a la muchacha herida a dónde pudieran curarla.

Media milla más adelante encontró un paso que permitía cambiar de dirección en la doble pista. Tan solo debía de haberse alejado de Springfield unas diez millas y era en esta ciudad donde antes podrían atender a la mujer herida.

Los efectos del alcohol empezaban a desaparecerle. Encontrarse de pronto con una muchacha herida de un balazo en una carretera solitaria era algo que no sucedía a menudo.

Tenía la garganta seca y seguía sudando copiosamente, pero en cambio sus ideas se iban aclarando. El hombre alto y flaco que le había hecho ir a Springfield se llamaba Slattey y tenía interés en localizar a un sujeto que, al parecer, vivía en Chicago. Un sujeto de apellido vulgar. ¿Tal vez Smith? No, no era Smith.

Encendió la luz interior del coche y miró por el espejo retrovisor. La muchacha, completamente inmóvil, respiraba con fatiga y la palidez de su rostro se había acentuado.

—Mal asunto —monologó Mac Coy.

Había visto muchas heridas de bala y aquella le daba mala espina. Aumentó la presión del pie sobre el acelerador hasta que la aguja del cuentavelocidades marcó setenta y cinco millas a la hora.

—Brown —dijo de pronto en voz alta. Así era como se llamaba el

sujeto al que debía localizar en Chicago. Daniel Brown. Y Slatter tenía prisa en encontrarle. ¿Por qué? Esto no lo recordaba todavía.

El coche rodaba sin un fallo y los neumáticos, en su fugitivo contacto con el asfalto producían un continuo rumor semejante al rasgar de la seda.

Slatter se había referido de un modo vago a los motivos que le impulsaban a encargar aquella investigación. Así era, sin duda. Solo insistió en que el asunto era de gran urgencia para él, y había prometido pagar a Mac Coy una cantidad importante si obtenía resultados rápidamente.

Lo malo era que el encuentro con aquella muchacha iba a retrasar considerablemente el regreso de Stanley a Chicago. Tenía que llevarla a una clínica, dar parte a la Policía y, probablemente, contestar infinidad de preguntas. Podría darse por satisfecho si le dejaban en paz antes del mediodía siguiente.

Al entrar en Springfield, condujo lentamente a través de las solitarias calles, mirando con atención a ambos lados.

Después que salió de la casa de Slatter, ¿qué había pasado? Ahí era donde sus recuerdos se tornaban confusos. La cena, el encuentro con la chica que se llamaba Joan y después... Después no había más que una oscura laguna cuyas tinieblas no era capaz de romper.

Frenó suavemente cuando sus ojos distinguieron un pequeño anuncio luminoso en el que se leía:

«Clínica Jefferson»

Apeándose, abrió la portezuela trasera, cogió a la muchacha en brazos, ascendió los cuatro escalones del porche y llamó al timbre con insistencia.

Ella tenía los ojos cerrados y su respiración acusaba a cada momento mayor fatiga.

—Mal asunto —repitió Mac Coy.

Y cuando la puerta se abrió y apareció en el umbral una enfermera, entró como una tromba, exclamando:

—¡Un médico! ¡Enseguida!

La enfermera se hizo cargo de la situación y rápidamente todo empezó a funcionar con admirable precisión.

CAPÍTULO II

El sargento O’Crowley, de la Policía de Springfield, era un hombre alto y grueso, de enorme papada y grandes ojos oscuros que entornaba con frecuencia, dando la sensación de estar medio dormido. Vestía un fresco gris claro y camisa de color corinto, sin corbata. De vez en cuando sacaba del bolsillo superior de la americana un pequeño abanico y se abanicaba el ancho y sonrosado rostro. Representaba unos cincuenta años.

Sentado en un sillón del despacho del director de la «Clínica Jefferson», de Springfield, observó durante unos momentos, en silencio, a Stanley Mac Coy. Con aquella manía de entornar los ojos era difícil adivinar lo que estaba pensando. Mac Coy se dijo que O’Crowley era el tipo de policía capaz de poner nervioso a cualquiera en un interrogatorio con su sola presencia. A cualquiera menos a él.

—Cuéntemelo otra vez Mac Coy —manifestó el sargento. Tenía una voz lenta y pastosa, de acusadas inflexiones.

—¿Qué se lo cuente otra vez? ¿Con qué objeto? ¿Qué diablos se ha propuesto usted?

Stanley se levantó de la silla que ocupaba y dio unos cuantos pasos por la estancia.

—Soy un poco tardo de entendimiento —declaró O’Crowley—. Me gusta que me repitan las cosas para asimilarlas bien. En nuestra profesión, asimilar es muy importante. Más que importante, yo diría fundamental. Repita, Mac Coy.

—¡Está bien! Yo iba por la carretera en mi coche. Es un «Chevrolet» negro, dos puertas, modelo 1954. Tres velocidades hacia adelante y marcha atrás. Calefacción bastante potable. Refrigeración regular tan solo. Frenos hidráulicos. ¿Va asimilando? —la voz de Mac Coy era sarcástica, pero el sargento no pareció darse por enterado. Con la cabeza reclinada en el respaldo del sillón, entornados los ojos, se abanicaba plácidamente. Prosiguió Stanley: Me dirigía a Chicago, ¿sabe? Allí es donde vivo. Había recorrido aproximadamente unas diez millas cuando vi a una mujer plantada en medio de la carretera que me hacía señas para que me detuviera. Asimile bien este detalle, sargento. Ella estaba en pie y agitaba los brazos, ¿entiende?

O’Crowley no hizo ningún comentario. Solo dejó de abanicarse y

sacando del bolsillo un cigarro puro mordió la punta y lo encendió, exhalando, complacido, unas cuantas bocanadas de humo blanquecino y espeso.

—Al verla —continuó Mac Coy—, pensé que no era una hora muy apropiada para practicar el *autostop* y estuve tentado de seguir adelante. Pero se trataba de una mujer y unos momentos más tarde me di cuenta también de que había un auto allí parado, a unas cien yardas de distancia, y supuse que se trataba de una avería. Bueno, el caso es que paré. Si quiere más detalles le diré que primero quité el pie derecho del acelerador y con ese mismo pie apreté el pedal del freno, mientras con el izquierdo pisaba el embrague. Es lo que hay que hacer para que el motor no se cale. ¿Lo entiende bien, sargento? Por último puse la palanca de velocidades en punto muerto y eché el freno de mano. ¿Va bien?

—Sé conducir, Mac Coy —dijo O’Crowley. Y en su voz no se advertía el más leve matiz de impaciencia o de ira.

—Lo celebro muchísimo, palabra. En nuestra profesión, saber conducir es muy importante, yo diría que fundamental. ¿Debo continuar?

—Claro que sí.

—Muy bien—. Mac Coy se pasó una mano por los encrespados cabellos rojizos. Su elegante traje de verano estaba arrugado hasta lo inverosímil y tenía torcido el nudo de la corbata—. Pregunté a la muchacha qué le pasaba y ella no respondió. Entonces observé que vacilaba. Tuvo que agarrarse a la portezuela para no caer. Pensé que estaba borracha, palabra, lo cual no tiene nada de particular. Yo mismo había bebido más de la cuenta. Me bajé del coche y dije algo; no recuerdo cuáles fueron exactamente mis palabras. Ella murmuró: «Por favor, ayúdeme». Y luego, de pronto, cayó al suelo. Al pasar un brazo por su espalda noté el contacto de la sangre. La traje a Springfield y como esta fue la primera clínica de urgencia que encontré al paso, aquí entré con ella. Eso es todo, sargento. ¿Debo repetirlo para que asimile usted bien?

Mac Coy se dejó caer de golpe en una silla y encendió un cigarrillo, expeliendo furiosamente el humo. Aquel tipo, O’Crowley, tenía que ser forzosamente un idiota. ¿O quizá era un hombre muy inteligente? Stanley había conocido a más de uno, imbécil en apariencia, que luego resultó ser un águila. Por eso no se fiaba demasiado de las apariencias.

—Gracias, Mac Coy. Su relato ha sido ameno de veras—. O’Crowley dio una chupada al cigarro—. Dígame: ¿qué hay del automóvil de la muchacha?

—¿No le he entregado ya las llaves?

—Sí, y yo he enviado allí un par de hombres para que lo traigan. Pero no me refería a eso. ¿Observó algo de particular?

—Que estaba mal informado y tenía encendidas las luces de cruce y el motor en marcha. No vi huellas de sangre en el interior; pero la verdad es que tampoco me entretuve mucho en examinar el vehículo. La herida de la chica me parecía grave y pensé que debía darme prisa en traerla. Por cierto, que encontrarán en el «Pontiac» mis huellas dactilares. No acostumbro a usar guantes en verano.

—No debió tocarlo.

—Bueno. El cuento ese de que no se debe tocar nada hasta que llegue la policía, ya me lo sé. Pero discurra un poco, sargento. Aunque el sitio es algo solitario, podía pasar alguien por allí y llevarse el coche. Abandonado y con el motor en marcha, era una tentación, ¿no le parece? Por eso lo arrinconé debidamente a la cuneta, apagué el motor y me traje las llaves.

—Está bien —el sargento volvió a chupar el cigarro y añadió—: Si no le importa, dígame ahora a qué vino usted a Springfield y por qué razón emprendió un viaje de doscientas millas a las tres de la madrugada.

—¡Maldito si eso tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa, sargento! Encontré a una mujer herida en la carretera y en vez de dejarla allí y escurrir el bulto para evitarme complicaciones y pérdidas innecesarias de tiempo, fui lo bastante humano, o lo bastante majadero, para atraerla aquí y avisar a la policía. Y ahora, usted quiere investigar, por lo visto, toda mi existencia, desde las primeras papillas.

—No. Solo quiero investigar lo que hizo aquí, en Springfield, cuándo llegó y todo eso.

—No pienso decírselo, O’Crowley. Soy un...

—Detective privado, ya me lo dijo al presentarse. Ejerce en Chicago, también me lo dijo antes. He oído hablar de usted.

—No sabía que mi fama hubiera llegado hasta aquí —ironizó Stanley.

Se levantó y abrió la ventana del despacho, que daba a un jardín en sombras. Hacía calor y él no dejaba de sudar ni un momento. Vio su rostro, reflejado en el pequeño espejo que colgaba en una de las paredes, y se dio cuenta de que tenía enormes ojeras y estaba muy pálido. Lo mismo que cuando salió de aquel maldito bar...

—Mac Coy...

—¿Qué?

El sargento O’Crowley sostenía el habano con la mano izquierda

y se abanicaba lentamente con la derecha. Sus ojos, apenas visibles a través de los entornados párpados, miraban fijamente al detective.

—Continuemos razonando, si no le importa. Modestia aparte, me permito considerar que somos dos hombres de cierta altura mental.

—Gracias.

—No hay de qué. Y ahora, dígame una cosa: ¿Se fijó usted bien en la chica?

—Le aseguro que no. Tratándose de una mujer joven, quizá sea la primera vez que no reparo en detalles, pero las circunstancias...

—Es bonita.

—Puede.

Y es algo más que bonita, Mac Coy. Es la hija de Young Rice.

—¡Ah! ¿Y se puede saber quién es Young Rice?

—¿No le suena el nombre?

—Algo, pero no acabo de identificarlo.

—Se trata del hombre más rico, más poderoso y más influyente de Springfield. El asunto hará ruido aunque la muchacha se salve. Y si muere, el ruido va a ser de campeonato.

—Bueno. Yo nada puedo hacer para evitarlo, sargento. He de regresar a Chicago, y como supongo que no va usted a acusarme de haber disparado sobre ella... ya me avisarán si me necesitan para declarar en la encuesta. O en el juicio, si cogen al que apretó el gatillo.

—Espere un poco, Mac Coy. Tenemos aún mucho que hablar.

Stanley dirigió al sargento una torva mirada. No acababa de comprender su actitud.

—De acuerdo, procure ser breve.

—Desde luego no voy a acusarle de nada... por ahora, aunque podría retenerle como testigo importante del caso.

—¡Y un cuerno! Conozco las leyes de este Estado y...

—Deje eso, por favor. Lo único que quiero es que me diga a qué vino usted a Springfield.

—Ya he contestado antes a esa pregunta.

O’Crowley suspiró hondo. Su voluminoso cuerpo se movió en el sillón lentamente. Adelantó el pecho y abrió por completo los ojos.

—Formularé la pregunta de otro modo, Mac Coy, ¿qué vino usted a tratar con John Slatter?

Stanley tragó saliva y se quedó mirando al sargento con expresión de asombro.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

—Es muy sencillo. En una libreta personal de John Slatter

figuraba anotada su visita para esta tarde a las ocho.

—¿Se la enseñó él?

—No, yo la vi.

O’Crowley volvió a recostar la cabeza sobre el respaldo del sillón, entornó nuevamente los ojos y chupó el habano. Luego, con voz plácida, anunció:

—Slatter fue asesinado hace unas horas en su despacho.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Mac Coy, saltando de la silla.

—¿Lo ve? —O’Crowley esbozó una vaga sonrisa—. Al parecer, usted también necesita que le repitan las cosas para asimilar. Repito: Slatter fue asesinado hace unas horas en su despacho.

—¿Cuántas?

El sargento consultó su reloj de pulsera.

—Le mataron entre nueve y media y diez y media de la noche. Por consiguiente, hace ya siete u ocho horas.

Durante unos momentos reinó en la estancia un silencio absoluto. Mac Coy sacudió la cabeza de un lado a otro con energía. Los efectos de la bebida le habían desaparecido por completo, pero aún notaba un fuerte dolor en las sienes y una gran sequedad de garganta.

—¿Se imagina usted que tengo algo que ver con la muerte de Slatter? —preguntó al fin.

—Yo tengo muy poca imaginación, Mac Coy —respondió el sargento en tono pausado—. Prefiero los hechos.

—Y en cuanto a esa chica... ¿Supone que está relacionada de algún modo con el asesinato de Slatter?

O’Crowley se encogió ligeramente de hombros, como dando a entender que aún no había formado ninguna opinión del asunto. Dijo:

—En apariencia, Mac Coy, todo parece casual. Usted visita a John Slatter y luego le asesinan. Se marcha a Chicago y encuentra en la carretera a la hija de Young Rice gravemente herida. Curioso, ¿verdad? Cuando recibimos su llamada desde esta clínica, yo estaba pensando precisamente en usted. Me preguntaba cuál sería el motivo de su visita a Slatter. ¿Por qué hizo este venir a un famoso detective de Chicago? He ahí una interesante incógnita, que usted puede aclarar. ¿O no le llamó Slatter?

—Sí, él me llamó —repuso Mac Coy con gesto pensativo—. Nunca le había visto hasta hoy.

—¿Por carta?

—Por teléfono.

—Algo urgente, al parecer.

—Para él, sí.

—¿Me lo cuenta ya?

—Sospecho que no tendré más remedio que acabar por contárselo, pero no se enfade sí, por ahora, me lo reservo. Secreto profesional.

—Yo nunca me enfado —afirmó O’Crowley con una sonrisa—. Y espero que tampoco usted se sienta molesto si le ruego que permanezca en Springfield.

—Permaneceré —dijo Mac Coy en tono sombrío.

Estaba deseando largarse de allí, desaparecer de la vista del sargento, dormir unas horas y luego dedicarse a pensar. Tenía muchas cosas en que pensar.

O’Crowley consultó de nuevo el reloj, murmurando:

—Me figuro que aún tenemos para rato. La operación será larga.

—¿Qué tal es el cirujano?

—Muy bueno. Al menos aquí, en Springfield, está considerado como una eminencia.

—¿Puedo irme ya?

—Mejor será que espere. Hemos avisado a Young Rice, que se había ido a pasar unos días en una finca cercana y no tardará en presentarse aquí. Me figuro que querrá hablar con usted, Mac Coy. No va a tener más remedio que repetir otra vez su relato.

—Conforme —se resignó Stanley—. Esperaré. Pero supongo que no habrá ningún inconveniente en que vaya a beber un poco de agua.

—Ninguno.

Se dirigía Mac Coy a la puerta cuando esta se abrió y un hombre vestido con bata blanca entró en el despacho, seguido por dos agentes uniformados.

—Lo siento, sargento —dijo el cirujano, mirando serenamente a O’Crowley—. Hice cuanto pude, pero no...

—¿Ha muerto?

—Sí. La herida era gravísima y la operación muy arriesgada. Ya le advertí antes de empezar que no había muchas probabilidades. Lo siento —repitió.

—Mala suerte —murmuró el sargento, poniéndose lentamente en pie—. Lo dispondré todo para que vengán a retirar el cadáver y lo lleven al depósito. Le hemos molestado inútilmente, doctor Mullins.

—Era mi obligación —respondió el médico con una cansada sonrisa.

—¿Llegó a extraer la bala?

—No.

—Bien, el forense se encargará de eso cuando haga la autopsia. ¿Viene usted, Mac Coy?

—Sí.

Salieron del despacho, recorriendo el ancho pasillo inmaculadamente blanco, y abandonaron la clínica. En el porche, el sargento se detuvo unos momentos y manifestó, como hablando consigo mismo:

—Va a ser un golpe muy duro para Young Rice —dio unas órdenes a sus agentes y cruzó la acera, abriendo la portezuela de un «Ford» que estaba allí aparcado—: ¿Dónde va a alojarse, Mac Coy?

—Que me ahorquen si lo sé. Nunca he pasado una noche en esta ciudad.

—Ahora ya es casi de día —dijo O’Crowley, sonriendo.

—Sí, es ya de día—. Stanley miró al cielo, que empezaba a teñirse de un vago resplandor lechoso—. Pero así y todo yo necesito dormir. ¿Algún inconveniente?

—Pase por Jefatura en cuanto haya dormido. Le recomiendo el hotel «Michigan». Es moderno, confortable y no demasiado caro. Dos calles a la izquierda y luego tome la primera a la derecha. Lo encontrará fácilmente.

—Gracias. ¿No espera usted a Rice?

—No. Ya he dicho que le envíen a Jefatura en cuanto llegue. La muerte de su hija es algo que ya no tiene arreglo. Hablará usted con él mañana.

O’Crowley subió al «Ford» y el agente que se hallaba sentado al volante puso el motor en marcha.

—Un momento —exclamó Mac Coy, acercándose a la ventanilla—: ¿Puede decirme cómo mataron a Slatter?

—De un tiro por la espalda. Por cierto, que eso me recuerda algo —los labios de O’Crowley se abrieron en una amplia sonrisa—: ¿Me permite ver su pistola? A veces descuido detalles importantes.

Con la mano izquierda, Stanley sacó una «Savage», calibre nueve corto, de la funda que llevaba bajo la axila derecha.

—Zurdo, ¿eh? —comentó el sargento, cogiendo el arma.

—Sí, zurdo. ¿Pasa algo?

—Nada. Los tiradores zurdos son peligrosos.

O’Crowley examinó la «Savage», comprobando el cargador, y se la devolvió a Mac Coy.

—Gracias —dijo.

—De nada, sargento. Buenas noches. O mejor dicho, buenos días.

—Buenos días, Mac Coy.

El «Ford» de la Policía arrancó velozmente.

Durante unos momentos, Stanley permaneció en la acera, perplejo. Por último se acomodó en su coche y condujo lentamente, siguiendo las indicaciones del sargento, en dirección al hotel «Michigan». Pasara lo que pasara, necesitaba dormir y luego tomar una ducha fría y un buen desayuno para echar fuera definitivamente la resaca. Tiempo habría después para pensar con detenimiento en todo lo ocurrido.

El «Michigan» resultó ser, como había dicho el sargento O’Crowley, un hotel moderno y confortable. Stanley alquiló una habitación con cuarto de baño anejo y como no llevaba equipaje pagó dos días por adelantado.

Estaba ya completamente despejado, pero no conseguía coordinar bien las ideas y esto le irritaba.

John Slatter le encargaba de investigar acerca de un tal Daniel Brown, de Chicago. A John Slatter le habían asesinado. Y también a una mujer llamada Diana Rice. ¿Por qué? Era un embrollo muy respetable.

Encogiéndose filosóficamente de hombros, el detective empezó a desnudarse.

CAPÍTULO III

—¿Ha descansado ya? —inquirió amablemente el sargento O’Crowley cuando Mac Coy entró en su despacho de la Jefatura unas horas más tarde.

—No mucho, pero sí lo bastante para encontrarme a gusto —replicó Stanley.

Había dormido cuatro horas, levantándose a las diez; después de afeitarse y tomar una ducha fría, desayunó huevos con tocino y café muy cargado; le habían planchado el traje en el hotel y su aspecto era muy distinto al de unas horas antes. Las ojeras habían desaparecido de su rostro bronceado y sus ojos grises, de mirada irónica, tenían una expresión apacible.

—Es usted un hombre de suerte —suspiró el sargento—. Ya aún no me he acostado.

Mac Coy le contempló con atención durante unos instantes. A pesar de haber pasado toda la noche en pie, el sargento no daba sensación alguna de fatiga. Había una gran vitalidad en aquel hombre grueso y reposado que tenía aspecto de cualquier cosa menos de policía. Era engañosa su somnolienta apariencia y Stanley pensó que debía tener un cerebro despierto y bien organizado.

—A veces yo también he pasado noches enteras sin dormir.

—Sí, claro, supongo que será así —O’Crowley abandonó el sillón donde estaba sentado—. Daremos preferencia a Young Rice —prosiguió—. Más tarde hablaremos de Slatter. ¿Vamos?

—¿A dónde?

—A casa de Rice. Nos está esperando.

Salieron de la Jefatura y subieron al «Ford» que esperaba ante la puerta. El agente que lo conducía pisó fuerte el acelerador. Recorrieron varias calles céntricas, avanzando después por una larga avenida bordeada de árboles, hasta llegar a las afueras.

Arrellenado en el asiento, el sargento O’Crowley guardaba un mutismo absoluto. De cuando en cuando sacaba el abanico y se abanicaba el rostro lentamente.

Mac Coy esperaba que le hubiera hecho más preguntas, muchas preguntas, sobre todo en lo que se refería a la muerte de John Slatter, y le extrañaba aquel prolongado silencio del policía. Sin embargo, no dijo nada, permaneciendo también callado.

El «Ford» se detuvo por fin ante la verja de hierro, de una enorme finca y los dos hombres se apearon.

La casa se alzaba a unas cien yardas de la carretera. Era de tres plantas, con tejados de pizarra y un gran porche sustentado por columnas de piedra. El amplio jardín denotaba constante cuidado de un jardinero experto.

—Sabe vivir Young Rice —comentó Stanley.

—Yo también sabría vivir si tuviese los millones que él tiene —repuso O’Crowley.

Subieron las escaleras del porche y el sargento oprimió el timbre. Un criado de espectacular uniforme les franqueó la entrada, saludando a O’Crowley con cierta familiaridad, y los condujo a una espaciosa biblioteca.

Mac Coy tomó asiento en una butaca tapizada de terciopelo granate y encendió un cigarrillo. El sargento acercóse a una de las ventanas, descorrió los visillos y se abismó, al parecer, en la contemplación del jardín.

Young Rice entró pocos minutos más tarde. Era tal y como Stanley se lo había imaginado. El hombre más rico, más poderoso y más influyente de Springfield no podía ser de otra manera. Alto, elegante, con el pelo entrecano y la mirada enérgica. Vestía un traje oscuro, poco apropiado para la hora y el tiempo caluroso; pero era lógico que vistiera así, habiendo sido asesinada su hija unas horas antes.

—Hola, sargento —saludó Rice—. ¿Qué hay de nuevo? —su voz era llena y cálida, tal vez un poco amarga en aquellos momentos.

—El señor Stanley Mac Coy —presentó O’Crowley—, detective privado de Chicago. Fue él quien encontró a su hija.

Durante unos instantes, los ojos del millonario permanecieron fijos en el rostro de Stanley, como si estuviera tratando de adivinar qué clase de individuo era el que tenía delante.

—Tanto gusto —murmuró al fin—. Tengan la bondad de sentarse. ¿Un cigarrillo?

O’Crowley denegó con un gesto y Mac Coy mostró el que tenía en la mano, a medio fumar.

Young Rice abrió una caja metálica que había sobre la pequeña mesa de centro, cogió un cigarrillo y lo encendió. Sus ademanes eran firmes y pausados.

—¿Les apetece tomar algo? ¿Whisky, jerez, un cóctel?

Ni siquiera la tragedia que sobre él pesaba, tenía fuerza bastante para hacerle abandonar su aire de gran hombre de mundo, elegante y atento. Todo era cuestión de voluntad, pensaba Mac Coy. Un

hombre que dominaba sus nervios y sus emociones y cuyas debilidades quedaban ocultas, encerradas en su propia alma, dura y fuerte.

—No, gracias —rechazó Stanley.

—¿Usted, sargento?

Rice fumó unos momentos en silencio y luego habló en tono mesurado, midiendo cuidadosamente sus palabras.

—El sargento O’Crowley ya me ha explicado las circunstancias de la muerte de mi hija Diana —explicó, dirigiéndose a Mac Coy—. Sé que usted la encontró mal herida a unas diez millas de aquí, en la carretera de. Chicago:

—Así fue, en efecto.

—Tenía interés en hablar personalmente con usted, Mac Coy. Supongo que lo encontrará natural.

—Sí, claro. Es muy natural.

—¿No habrá ningún detalle que se le haya escapado? —inquirió Rice. Y por la forma en que hizo la pregunta, Mac Coy tuvo la impresión de que el sargento debía de haberle explicado también que él, Mac Coy, llevaba una formidable cantidad de alcohol dentro del cuerpo cuando encontró a la muchacha.

—No —respondió—. Todo lo que sé del asunto es lo que le he referido a O’Crowley.

—Diana no pudo decirle nada, absolutamente nada... —la voz de Rice era lejana, como si estuviera pensando en algo que se hallara a mucha distancia de allí.

—Dijo tan solo: «Por favor... Ayúdeme». Y luego se desmayó.

—¿Y usted no vio nada? Me refiero a algún otro automóvil, alguna persona... Mac Coy hizo un gesto negativo.

—Lo más urgente era llevar a la muchacha a una clínica —declaró— y no me entretuve en investigar. Siento... que no sirviera de nada.

Young Rice se puso en pie y dio unos cuantos pasos por la estancia. Luego se detuvo, enfrentándose de nuevo con Mac Coy y con el sargento; hizo un vago ademán con la mano, como si quisiera apartar de su mente alguna idea sombría, y dijo:

—Ya no se adelanta nada hablando de esto, señores. Es todo... demasiado horrible y espero que me disculpen por molestarles. Pero Diana... No, usted no puede comprenderlo, Mac Coy. Es demasiado joven para tener una hija de esa edad.

—Desde luego. Además, soy soltero.

La sombra de una sonrisa cruzó por el semblante de Young Rice. Mirando al sargento, añadió:

—Y usted está casado, pero no ha tenido hijos. Quizá sea una suerte.

—Quizá —admitió el policía.

Rice reanudó sus paseos por la estancia. Una profunda arruga surcaba su frente y Mac Coy se daba cuenta de que aquel hombre estaba realizando un enorme esfuerzo de voluntad para dominar sus emociones.

—Supongo —dijo el millonario al cabo de unos instantes— que es aún un poco pronto para preguntarles a ustedes si las investigaciones han dado algún resultado.

O’Crowley se guardó el abanico en el bolsillo superior de la americana y cruzó las manos sobre el estómago en beatífica actitud.

—Por ahora —dijo—, solo sabemos lo que ha revelado la autopsia y el informe de los peritos en balística. Diana fue muerta por un disparo hecho a poca distancia con una «Star» del calibre siete sesenta y cinco. En el automóvil no se ha hallado nada de interés.

—¿Eso es todo?

—No, hay algo más. Ya sabe usted que John Slatter fue asesinado también anoche.

—En este momento —afirmó brutalmente el millonario—, la muerte de John Slatter no me importa un ardite.

—Sí que le interesa —rebatía O’Crowley suavemente—. Le mataron con la misma pistola que a su hija.

Rice apretó los puños y a Mac Coy le pareció observar que su rostro palidecía.

—¿Está seguro de eso, sargento?

—Completamente. Los peritos en balística han trabajado aprisa y bien. Su informe es contundente.

—No entiendo nada —el millonario se pasó una mano por la frente—. Parece una pesadilla. ¿A dónde se dirigía mi hija cuando la mataron? ¿Por qué la han matado? ¿Quién? Y lo mismo me pregunto en cuanto a Slatter. ¿O acaso sobre este tienen ustedes alguna idea?

—Ninguna hasta ahora— respondió el sargento, dirigiendo a Mac Coy una extraña mirada—. Por lo que se refiere a Diana, pensé que usted podría aportar alguna luz.

—No puedo, ya se lo dije en Jefatura. Era una muchacha normal y sana. Es lo corriente a los veinticinco años. Hacía la vida propia de una joven de buena posición. No tenía novio, que yo sepa, pero sí muchos amigos. ¿Quién podía tener interés en matarla? ¿No comprende que es monstruoso, sargento?

Rice hizo una breve pausa y prosiguió:

—Ayer a mediodía yo me fui a la finca con idea de estar allí hasta el lunes. Leyla vino conmigo, pero Diana no quiso acompañarnos. Según han informado los criados, salió de casa a eso de las ocho de la noche sin dar explicaciones y... no volvió. A juzgar por el sitio donde la encontraron, se me ocurre que acaso a última hora cambió de opinión y decidió unirse a nosotros, aunque es un poco raro que no se lo dijera a la servidumbre.

Rice volvió a sentarse, añadiendo con voz abatida:

—No puedo decirle nada más, sargento. No me es posible.

—Si no he entendido mal —intervino Mac. Roy el sitio donde la encontré no está lejos de su finca.

—En efecto. Para llegar allí hay que tomar la carretera de Chicago y desviarse a catorce millas de Springfield por un camino secundario. Por eso pienso que ella había decidido a última hora ir a la finca.

—Parece lo natural —asintió el sargento. Y poniéndose en pie, añadió—: Creo que no debemos seguir molestándole. Son muchos misterios los que han surgido de pronto en Springfield. Alguien asesinó a John Slatter y no es improbable suponer que la misma persona asesinó también a su hija. Un detective privado viene de Chicago para entrevistarse con Slatter y luego el mismo detective encuentra malherida a Diana en la carretera. Muchas sombras, señor Rice. Demasiadas sombras. Habrá que trabajar duro para llegar a alguna parte.

Rice dirigió al sargento una larga y escrutadora mirada. Era como si estuviera calibrando mentalmente las posibilidades que tenía aquel hombre, cincuentón y obeso, de descubrir al asesino de su hija.

—Téngame al corriente de todo, sargento —más que un ruego, sus palabras parecían una orden.

—Descuide.

—Y usted, Mac Coy... Se interrumpió Rice al abrirse la puerta. Una mujer penetró en la estancia y al verla el millonario hizo un gesto casi imperceptible de contrariedad. Fue o decir algo, pero la muchacha se le anticipó, exclamando:

—Lo siento, papá. Ya sé que estás ocupado con estos señores, pero he entrado para quedarme. Era mi hermana y quiero saberlo todo.

Mac Coy observó a la joven con mirada crítica. Representaba unos veinte años y tenía una figura escultural, de formas prietas y turgentes, que realzaba el negro vestido con adornos de encaje en el

cuello. Tenía el cabello de color rubio oscuro, los ojos verdes y rasgados, de mirada serena, enmarcados por unas cejas finas y bien dibujadas; los labios sensuales, el cutis terso, perfecto el óvalo de la cara.

—Ya terminábamos —declaró Young Rice—, y estos señores se iban. Al sargento O’Crowley ya le conoces. Y este es el señor Mac Coy, de Chicago, el que encontró a tu hermana.

—Celebro conocerle —murmuró la joven. Y se quedó mirando a Mac Coy fijamente. Su rostro revelaba cansancio y en sus ojos había huellas de llanto reciente, pero se mostraba tranquila y natural.

—Encantado —dijo Stanley.

O’Crowley se dirigió a la puerta, despidiéndose:

—Adiós, señor Rice. Le avisaré cuando haya novedad.

La mirada del millonario fue de Mac Coy a O’Crowley y de este otra vez a Mac Coy. Inquirió:

—¿Tiene algún inconveniente en que hable unos momentos a solas con el señor Mac Coy?

—Ninguno. Esperaré fuera.

El sargento salió, cerrando la puerta a sus espaldas. Mac Coy, perplejo, esperó a que Rice se explicara.

—Sin preámbulos —exclamó el millonario tomando asiento ante la mesa—. El sargento O’Crowley me ha hablado de usted, pero yo ya conocía su nombre.

—¿De veras?

—Hace unos meses, usted llevó a cabo un interesante trabajo para un gran amigo mío de Chicago: Fred Thorney.

—Es cierto.

—Me consta que es usted un hombre capacitado, Mac Coy, aunque a veces beba más de la cuenta y aunque las mujeres le compliquen la vida con exceso.

Stanley permaneció callado, sin apartar la vista del rostro del millonario. Rice extrajo del bolsillo de la americana un talonario de cheques, extendió uno y alargándoselo al detective, dijo escuetamente:

—Encuentre al asesino de mi hija.

—¿Diez mil dolores? —exclamó con gesto de incredulidad.

—Exactamente. Y habrá otro tanto si termina con éxito su misión. Acostumbro a pagar bien los buenos servicios.

—¿No se fía de la policía oficial?

—En parte, sí, y en parte, no. Nuestra policía es muy buena, pero en casos como este se encuentra atada por sus propias trabas; leyes, ordenanzas y todo eso. Un privado actúa con mayor libertad.

—¿Cree usted que yo puedo ser más eficaz?

—No lo creo, Mac Coy. Estoy seguro. Me basta mirar a un hombre a la cara para saber de lo que es capaz. Usted es de los que consiguen siempre aquello que se propone. ¿Alguna objeción?

—Tengo varios trabajos entre manos, uno de ellos relacionado con John Slatter y...

—Mándelos a paseo. Y si ello le supone algún perjuicio económico, dígamelo. Lo pagaré aparte. ¿Acepta o no?

La mirada de Stanley Mac Coy se detuvo un momento en el rostro de la hija de Rice, que, a su vez, le contemplaba con gesto de interés.

—Acepto —dijo al fin—, pero quiero hacerle una advertencia.

—Venga.

—Cuando yo me encargo de un asunto, llego siempre hasta el final por graves que sean las consecuencias. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente. Y eso es lo que deseo. Debe de haber algo muy turbio en esto de Diana y en lo de Slatter. Siga adelante, Mac Coy.

—De acuerdo. Ya tendrán noticias mías.

Mac Coy estrechó la mano del millonario, se inclinó ante la muchacha y salió.

Fuera, el sargento O’Crowley aguardaba pacientemente, fumando un habano.

Salieron de la casa.

Un hombre acababa de franquear la cancela del jardín y avanzaba a paso rápido. Al encontrarse con ellos se detuvo. Representaba unos veinticinco años y vestía un traje de seda blanco inmaculadamente planchado. Tenía los ojos muy azules y el cabello de color rubio claro.

—Buenos días, sargento —saludó. Su voz era un poco aflautada y su sonrisa revelaba afectación—. Ha sido horrible lo de Diana, ¿verdad? Horrible. Una mujer tan joven... ¿Cómo está el señor Rice? Aún no he tenido ocasión de verle. Muy afectado, supongo.

—Es un hombre duro —dijo el sargento.

—Sí, sí. Un hombre de carácter fuerte, carácter de roca. Yo lo sé mejor que nadie. De todas formas... Dejó de hablar y se quedó mirando con curiosidad a Mac Coy, como si hasta aquel momento no se hubiera percatado de su presencia.

Pero O’Crowley no hizo intención de presentarles.

—Me ha impresionado enormemente la noticia —prosiguió el rubio—. Quién iba a pensar... ¿Ha averiguado usted algo, sargento?

—Aún no.

—¿Nada en absoluto?

—Respecto a la personalidad del asesino, nada en absoluto.

—Bien, bien. No le entretengo más. Supongo que el señor Rice me estará esperando. Muy buenos días.

—Espere un momento —ordenó O’Crowley—. Quiero preguntarle algo.

—Usted dirá.

—¿Tiene usted alguna idea acerca del crimen?

El rubio pareció desconcertado ante la pregunta, y la expresión de sus ojos se tornó cautelosa.

—¿Yo? —dijo al fin—. ¿Qué si tentó yo alguna idea? —sonrió—. ¡Pero eso es absurdo, sargento! A la hora en que Dina fue asesinada me encontraba...

—No le he pedido que presente una coartada —le atajó O’Crowley.

—¿Entonces?

—Temo no haberme explicado bien —el sargento hablaba pausadamente, dando la sensación de que le costaba trabajo expresar sus ideas—. Al preguntarle si tenía alguna idea acerca del crimen me refería a que... Bueno, usted está muy enterado de los asuntos de Young Rice y me figuro que también sabe bastante de sus hijas. Dicho de otro modo. ¿Sabe de alguien que tuviera motivos para asesinar a Diana?

—¡Ah! Ya comprendo dónde quiere ir a parar.

El rubio hizo una pausa, arrugó el entrecejo y se acarició la barbilla.

—No —prosiguió al cabo de unos momentos—. No sé de nadie que pudiera tener interés en asesinar a Diana. Era una muchacha encantadora, hermosa... Todo esto es terrible, sargento, verdaderamente terrible. ¿Puedoirme ya?

—Sí.

—Muy buenos días.

—Buenos días.

El rubio comenzó a alejarse, pero no había dado aún tres pasos cuando se volvió, exclamando:

—Si puedo ayudarle en algo no vacile en decírmelo, sargento. Estaré a su disposición.

—Gracias.

Mac Coy y O’Crowley siguieron su camino.

—¿Quién es ese farsante? —inquirió Stanley, cuando comprendió que el otro ya no podía oírles.

—El secretario particular de Rice. Se llama Ted Owen. ¿Por qué le ha calificado de farsante?

—Es una impresión —repuso Mac Coy —encogiéndose de hombros—. He visto muchos tipos como ese en mi vida. Y no me gustan.

O’Crowley no contestó. Cuando estuvieron acomodados en el coche, dijo en tono suave:

—¿Puedo saber lo que quería Rice de usted o es un secreto profesional?

—No es un secreto. Desea que descubra al asesino de su hija. Y paga.

—¡Ah!

Durante un largo rato, el sargento guardó silencio, como si estuviera rumiando alguna idea importante. De pronto exclamó:

—Casi me alegro.

—¿De qué?

—De que Rice le diera ese encargo.

—Gracias. Y a propósito: ¿por qué no me dijo antes que Slatter y Diana Rice fueron asesinados con la misma pistola?

—¿Antes de cuándo?

—Antes de que llegáramos a casa de Rice.

O’Crowley se encogió de hombros y contestó:

—Cuestión de carácter, Mac Coy. A veces hablo mucho, a veces poco. Y, generalmente, digo las cosas cuando me parece.

—Está en su derecho, no cabe duda.

—¿Sabe una cosa, Mac Coy? He llegado a la conclusión de que usted fue la última persona que vio vivo a Slatter.

—Cuidado, sargento —advirtió Stanley sonriendo—. Hubo otra persona, al menos, que vio vivo a Slatter después de yo. Me refiero al asesino.

—Puede que tenga razón. ¿Va a contarme ya el motivo de su entrevista con Slatter?

—Aún no. ¿Por qué ha dicho *puede que tenga razón*? ¿Acaso cree que el asesino soy yo?

—Yo no creo nada. Absolutamente nada.

—Muy bien. ¿Estoy detenido?

—No.

—¿Tiene algún cargo contra mí?

—De momento, no.

—Conforme. Haga el favor de decirle al chofer que pare.

O’Crowley se inclinó hacia delante y ordenó:

—Para.

Frenó el conductor, arrimando el coche al bordillo, y Mac Coy exclamó:

—¿Rice es viudo?

—Sí.

—¿Y no tiene más hijos?

—Solo esas dos. Y según dice todo el mundo, Diana era su ojo derecho.

—Gracias por la aclaración.

—De nada. Aclaración por aclaración. ¿Puede decirme si Slatter le recibió a solas o había alguien más con él?

—Me recibí a solas y yo no vi a nadie más allí. ¿Qué clase de persona era Slatter?

—Usted debe saberlo —rio el sargento—. Era su cliente.

—Le vi ayer por primera vez en mi vida. Alguien le había hablado de mí y me hizo venir con urgencia. Bueno, en realidad no tiene por qué contestar a mis preguntas. Tampoco yo contesto a todas las suyas. Sé andar solo.

—Le diré algo acerca de Slatter, muchacho. Era un hombre un poco raro y se dedicaba a pequeños negocios, algunos muy productivos.

—¿Nada turbio?

—Posiblemente, sí, pero nunca logramos probarlo.

—Entiendo.

O'Crowley entornó una vez más los ojos y dejó que su cabeza reposara sobre el respaldo del asiento. Parecía haber perdido de pronto todo interés por la charla.

—La autopsia —insinuó Mac Coy, sonriendo—, ¿no ha revelado nada interesante?

—¿A qué autopsia se refiere? Hay dos cadáveres.

—A la muchacha, desde luego.

—Disparo hecho con una pistola...

—¡Eso ya lo sé, sargento!

—¡Ah! ¿Y qué más esperaba usted?

El detective se encogió de hombros.

—Es igual —murmuró—. Supongo que no quiere decírmelo. Voy a seguir mi camino.

—¿De veras?

—De veras.

—Magnífico. Yo seguiré el mío. Ya sabe lo que son estas cosas. Hay que cumplir la rutina, interrogar a una infinidad de personas, abrir expedientes, enviar oficios... Es lo malo de la Policía oficial. No podemos dejar a un lado ciertos trámites. Un privado, en cambio, puede actuar como más le convenga. Pero usted lo sabe mejor que yo —sonrió—. Y me figuro que esa ha sido la razón por la

que Young Rice le ha encargado la investigación.

—¿Estaba usted escuchando detrás de la puerta?

—No, Mac Coy. Es cuestión de discurrir. Espero —suspiró—, que nos encontraremos al final, a no ser que uno de los dos llegue antes a la meta.

—Ese seré yo —dijo Mac Coy. Y se apeó del coche.



—Le mataron con la misma pistola que a su hija...

CAPÍTULO IV

Bruce Kells abrió resueltamente la puerta del despacho del director, cerró a sus espaldas y avanzó hacia la mesa.

El hombre que estaba allí sentado escribiendo algo en un cuaderno de notas con cubiertas de piel, alzó la mirada e inquirió:

—¿Qué hay Kells?

—Esta es toda la información que he podido reunir respecto al asesinato de Diana Rice —indicó Kells agitando un par de cuartillas que llevaba en la mano derecha.

—¿Y bien?

—Nada, nada, nada...

—Procure expresarse con más calma —aconsejó el director. Era un hombre como de cincuenta años, de estatura mediana y facciones gruesas.

—No hay nada que explicar, jefe. La mujer asesinada se llamaba Diana Rice. Eso es todo. La policía no da explicaciones. En casa de Rice no reciben periodistas. ¿Qué voy a hacer? Él lo puede todo, lo domina todo, y habremos de conformarnos con lo que nos quieran dar. Es como si echaran migajas a un perro hambriento —concluyó, dejándose caer en un sillón.

—Bueno, no lo tome así, muchacho. Algo se podrá hacer de todos modos.

—¡Y un cuerno! —Kells se puso en pie, abrió una caja de madera que había sobre la mesa, cogió un cigarrillo y lo encendió—. A Young Rice no le interesa, por lo visto, que el asesinato de su hija sea tratado por la Prensa en plan... sensacionalista, como ellos dicen. O’Crowley no se atreve a contrariar al todopoderoso señor de Springfield. Y por consiguiente, solo sabemos que Diana fue encontrada malherida en la carretera de Chicago, a unas diez millas de aquí; que murió en la mesa de operaciones y que la Policía no sabe quién es el asesino, aunque espera averiguarlo en breve. Esto último es lo que siempre dicen.

Volvió a sentarse, cruzando las piernas, exhaló unas cuantas bocanadas de humo y prosiguió:

—Pero no pueden hacer eso, jefe. ¡No pueden! La Prensa tiene el deber de informar a sus lectores de los acontecimientos importantes, y el asesinato de Diana Rice es, en Springfield, algo muy importante. Quizá lo más importante que ha ocurrido en los

últimos años.

—Nos queda lo de Slatter —dijo el director con cierta velada ironía—. También es un asesinato.

—¡Bah! Al lado del otro, carece de importancia.

—¿Usted cree?

—Bueno, quizá esa afirmación sea un poco exagerada. Conviene no perder de vista lo de Slatter, pero... Compréndalo, jefe. Es una oportunidad única, no se volverá a presentar en mucho tiempo. Dos asesinatos misteriosos en menos de veinticuatro horas. Tengo una idea.

—Olvídela, Bruce. Si Young Rice ha decidido que la Prensa se ocupe del caso lo menos posible, lo conseguirá.

—¿Y lo dice usted así, tan tranquilo?

—¿Qué quiere que haga? —el director se encogió de hombros, sonriendo—. Tengo ya bastantes años y los años proporcionan un gran caudal de ponderación y templanza. Cuando usted llegue a mi edad, le sucederá lo mismo, aunque ahora crea otra cosa. No enfocará los problemas con tanta vehemencia. Sé hasta dónde llega la influencia de Rice y me resigno. Publicaremos noticias y, eso sí, los comentarios que se nos ocurran. Pero no habrá reportajes, entrevistas con la Policía ni con la familia de la muerta ni nada de eso.

—Sin embargo —insistió Kells en tono más mesurado—, usted dijo hace un rato que se podría hacer algo.

—Se puede esperar con calma. A veces los acontecimientos vienen a uno y no hay necesidad de ir a buscarlos.

El director hizo una pausa y recostándose sobre el respaldo del asiento prosiguió:

—¿Quiere un consejo, Kells? Probablemente se reirá de mí, porque nuestra edad y nuestros temperamentos son muy diferentes. No obstante, voy a dárselo. Espere usted. Tenga los ojos bien abiertos, no vaya por ahí vociferando acerca de los inconvenientes que la personalidad de Rice opone a su labor informativa. Muéstrese amable con O’Crowley y con todos los demás policías. Escriba sus comentarios con moderación.

—¿Y qué más? —preguntó Kells en tono mordaz.

—Solo eso. Recuerde aquel proverbio árabe que dice: «Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar por delante el cadáver de tu enemigo».

—De acuerdo —la mordacidad del periodista era cada vez más acusada—. Todo lo que tengo que hacer es sentarme a esperar. Muy bien. Encuentro que es una manera muy cómoda de ganar el

suelo.

—No se excite, muchacho. Usted ha comprendido perfectamente lo que he querido decir. Las características de estos dos crímenes son muy oscuras y tengo la impresión de que pasará algún tiempo antes de que los asesinos sean descubiertos. Rice no recibirá periodistas en su casa, pero llegará un momento en que tendrá que reanudar su vida normal. Y otro tanto le sucederá a su hija Leyla. Entonces... Bueno, aún pueden pasar muchas cosas.

—Cuando usted lo dice... —el tono de Kells no era ya tan irónico, pero sí escéptico.

—Ahora, concretemos —dijo el director—. ¿Ha ido a la «Clínica Jefferson»?

—Sí, señor. Y no he sacado nada en limpio de allí.

—Perfectamente. ¿Quién fue el que operó a la muchacha?

—El doctor Mullins. También hablé con él. Me dio todo género de explicaciones acerca de la operación y eso fue todo.

—Es lógico. No tiene por qué estar enterado de otros detalles.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Quién encontró a la muchacha?

La expresión de Bruce Kells se tornó iracunda al oír la pregunta de su director.

—Eso es lo bueno, jefe. O, mejor dicho, lo malo. La encontró un tipo cuyo nombre no me han querido facilitar en Jefatura. O'Crowley se enteró en decir que eso carecía de importancia y no hubo medio de sacarle de ahí.

—Bien, no se desanime. ¿Dónde está lo que ha escrito?

Kells rebuscó por encima de la mesa, perplejo, para terminar agachándose a recoger sus cuartillas que se le habían caído al suelo.

—Tenga —dijo.

El director las leyó atentamente, hizo algunas correcciones sin decir nada y por último exclamó:

—Está bien. ¿Qué cree usted, que harán los del «Chronicle»?

—No sé qué pensar... —Kells se pellizcó el lóbulo de la oreja—. De hecho, Young Rice es el dueño del «Chronicle». Eso puede facilitarles una buena información complementaria. Pero más bien me inclino a creer que dará orden para que la información no sea tampoco sensacionalista. Sería el colmo que nos pusiera dificultades a nosotros y en cambio diera facilidades al «Chronicle».

—No las dará —murmuró el director—. Le conozco hace años y sé cómo es. Realmente no desea que haya mucha publicidad en torno al asesinato de Diana. Eso es lo que pienso.

Kells se puso en pie, aplastando en un cenicero la colilla del

cigarrillo. El director preguntó:

—¿Algo nuevo respecto a Slatter?

—Nada.

—Téngame al corriente de todo.

—Sí, señor.

El periodista salió del despacho con el ceño fruncido. En la sala de redacción, varios compañeros suyos trabajaban afanosamente, inclinados sobre las máquinas de escribir. Un botones se le acercó, informando:

—Un señor desea verle.

—¿Dónde está?

—En la sala de visitas. Lleva un rato esperándole.

—¿Dijo su nombre?

—No. Preguntó por el redactor de sucesos y al decirle que estaba usted ocupado con el director, decidió esperar.

Kells se dirigió a la sala de visitas. Era una estancia pequeña, con un tresillo de cuero, algunas sillas y una mesita con revistas.

Vio a un sujeto de unos treinta años, alto y musculoso, de cabellos rojizos, que vestía un traje azul eléctrico de verano y que, al entrar Kells, se levantó, inquiriendo:

—¿Es usted el redactor de sucesos del «Clarion»?

—El mismo. Me llamo Bruce Kells. ¿Quería hablarme?

—En efecto. Supongo que se ocupa usted de esos asesinatos. Me refiero al de John Slatter y al de Diana Rice.

—Así es.

Kells se sintió un poco molesto. Aquel tipo le estaba mirando fijamente, con una mirada honda y escrutadora que parecía taladrarle el cerebro.

—¿Podemos sentarnos?

—Si ha terminado usted de contemplarme... —dijo el periodista, ocupando uno de los sillones.

El visitante le dedicó una sonrisa amplia y cordial y sentándose frente a él, declaró:

—Me llamo Stanley Mac Coy y he venido a verle para hablarle acerca de esos crímenes. Yo encontré a Diana Rice mortalmente herida en la carretera. Yo la traje en mi coche a Springfield y la llevé a la «Clínica Jefferson». Habitualmente vivo en Chicago donde ejerzo como detective privado. Soy también la última persona que habló con John Slatter antes de que le asesinaran. ¿Le va interesando mi charla?

—Un momento —barbotó Kells con expresión estupefata—. ¿No se tratará de una broma?

—En absoluto.

—¡Rayos! Puede que el viejo tuviera razón en eso de sentarse en el camino a esperar el hambre... Bueno, como se diga.

—¿De qué está hablando?

—Nada, no tiene importancia. Hace unos minutos estaba yo algo desesperado y ahora... Pero vayamos por partes. ¿Tiene usted el propósito de facilitar información a mi periódico?

—Sí.

—Le advierto que en Jefatura se negaron a dar el nombre de la persona que encontró a Diana Rice. O sea, el suyo.

—Eso me tiene sin cuidado.

—Y... —Kells hizo un significativo gesto con los dedos índices y pulgar de la mano derecha.

—No deseo cobrar nada, si es eso lo que está insinuando —sonrió Mac Coy.

—Entonces, hoy es mi día de suerte —decretó el periodista—. Al menos, con lo que usted me diga, podré escribir una información algo más completa del crimen.

—Bastante completa.

—Voy a decir que nos suban algo de beber.

—No se moleste. Lo tomaremos después, si me acompaña cuando salga. Y no se sienta obligado hacia mí, Kells. Hago esto porque me conviene. Exclusivamente porque me conviene —recalcó.

—De acuerdo. Tome un cigarrillo y vaya hablando.

Mac Coy encendió el pitillo y reclinó la cabeza en el respaldo del sillón.

—Obtuve algunos informes antes de venir aquí, acerca de este periódico y del «Chronicle». Elegí este porque, al parecer, el «Chronicle» pertenece a Young Rice.

—Justamente.

—Entonces, me dije que el «Clarion» sería un poco más independiente.

—Entiendo. Tiene mucho poder en Springfield. Bien, eso no importa ahora. Yo recogí a su hija en la carretera. Y no pronunció más que estas tres palabras: «Por favor... Ayúdeme». Pero hay algo que no he dicho a nadie, ni siquiera a la Policía.

Mac Roy se inclinó hacia delante para mirar de cerca el rostro juvenil de Kells y añadió:

—Yo vi al asesino.

El periodista casi saltó del asiento.

—¿Qué está diciendo? —inquirió con voz ronca.

—Lo que ha oído. *Yo vi al asesino*. Y no tardaré en cogerle ni veinticuatro horas.

—¿Pero cómo diablos no le ha dicho eso a O’Crowley? Si se entera, puede arrestarle por encubridor.

—Recuerde que mi profesión es la de detective privado.

Kells guardó silencio durante unos momentos. Luego dijo:

—Comprendo. Usted piensa que si le encuentra... Rice es un hombre rico... Puede usted ganar algo.

—Ha interpretado correctamente mis intenciones, amigo.

—¿Y desea que publique todo eso?

—Eso y algo más. Puede usted publicar también mis ideas.

—¿Ideas? ¿Qué clase de ideas?

—Esta, por ejemplo: Ignoro la razón de que mataran a Slatter. En cambio, sé por qué mataron a Diana. Agregue también en su información que John Slatter y Diana Rice fueron asesinados con la misma pistola. Supongo que la Policía se habrá reservado este detalle.

Bruce Kells se pasó una mano por la frente. Estaba sudando y su expresión era incrédula.

—Estoy hablando en serio, amigo —prosiguió Mac Coy, sonriendo ante el estupor del periodista—. Además, usted dará mi nombre, como es lógico, y si hubiera alguna inexactitud yo seré el único responsable.

—Conforme —declaró Kells tras unos instantes de reflexión—. ¿Tiene la bondad de esperar unos minutos?

—Desde luego que sí.

El periodista salió de la estancia para reaparecer enseguida con un bloc de notas y una pluma estilográfica en la mano.

—No me gusta confiar demasiado en la memoria —explicó—. Si no le importa, vamos a puntualizar las cosas.

—Me parece bien.

El periodista estuvo tomando notas taquigráficas durante un cuarto de hora. Al final, satisfecho, enfundó la pluma, exclamando:

—Aunque lo haga por interés personal, Mac Coy, es indudable que me ha proporcionado el mayor éxito de mi carrera periodística. El «Clarion» de mañana va a ser una bomba. Sobre todo para Rice y para el sargento O’Crowley. Un momento, vuelvo enseguida.

Salió como una tromba y Mac Roy pensó que aquel muchacho era demasiado vehemente en sus cosas.

Kells entró en el despacho del director con aire triunfal. Dijo:

—Eche a la basura la información de antes, jefe. Tengo otra mucho mejor.

—¿Cómo lo ha conseguido?

Explicó Bruce su conversación con el detective. El director le escuchó en silencio y al final comentó:

—¿Lo ve usted? —Ya le dije que, a veces, los acontecimientos vienen a uno y no hay necesidad de ir a buscarlos. Eso de que hayan matado a Diana y a Slatter con la misma pistola sugiere muchas cosas, ¿no le parece?

—Ya lo creo. Sospecho —añadió sonriendo—, que durante unos días tendremos que aumentar la tirada del periódico. Voy a acompañar a Mac Coy y volveré enseguida para escribir el artículo.

Mac Coy estaba en pie, junto a la ventana, cuando el periodista reapareció en la sala de visitas.

—Podemos irnos —indicó Kells—, y tomaremos algo por ahí. A cuenta mía, desde luego. Esto hay que celebrarlo.

—¿No le da demasiada importancia?

—Si estuviera usted en mi pellejo no diría eso. ¡Va a ser magnífico! Dos crímenes misteriosos en pocas horas y que están relacionados de algún modo. Dos personas importantes en la ciudad. ¡Rayos! Esto es algo grande.

Fueron a un bar cercano al edificio donde se hallaba la redacción del «Clarion». Se estaba bien allí, porque el establecimiento disponía de un sistema refrigerador bastante aceptable. Se acomodaron en dos taburetes ante la barra y tomaron *whisky* con soda muy frío.

—¡Infierno! —comentó Mac Coy—. No va a ser agradable volver a la calle. Es el inconveniente que tienen las temperaturas artificiales. Luego se nota más el contraste. ¿Un cigarrillo?

El periodista aceptó maquinalmente el cigarrillo. Su expresión era reconcentrada. Mac Coy, por el contrario, parecía haber perdido todo interés en hablar de los asesinatos.

—Carga eso a mi cuenta —ordenó Kells al *barman* cuando terminaron las bebidas.

Salieron a la calle. El detective murmuró:

—Debería estar prohibido trabajar en verano.

—Oiga —dijo Kells agarrándole por un brazo—. Estoy dándole vueltas a todo lo que me ha contado y... Bueno, quizá me equivoque, pero hay un punto algo oscuro.

—¿Qué es ello?

—Eso de que vio al asesino de Diana Rice, ¿es verdad o se trata de un cebo?

Mac Coy le miró, sonriendo. Sus tranquilos ojos grises tenían una expresión burlona.

—¿Usted qué cree?

—Yo creo que es un cebo, pero por mi parte... Aunque quizá resulte arriesgado.

—¿Para quién?

—Para usted, naturalmente. Debe ir con tiento, Mac Coy. Un hombre que ha cometido ya dos asesinatos, no vacilará en cometer el tercero.

Hizo una pausa y añadió, como si se le hubiera ocurrido una idea genial:

—¿No necesita usted un ayudante?

Mac Coy tiró la colilla del cigarrillo y la aplastó con el pie. Una ráfaga de aire caliente y denso alborotó sus rojizos cabellos.

—Váyase a escribir —aconsejó—. Es lo suyo. Y cuando se siente ante la máquina, no olvide que yo vi al asesino.

Dio media vuelta y echó a andar, riéndose por lo bajo.

CAPÍTULO V

El timbre del teléfono sonaba con desesperante insistencia. Medio en sueños, Stanley Mac Coy descolgó el auricular y exclamó:

—Al habla.

—¿Es Mac Coy?

—Sí. ¿Usted quién es?

Había reconocido perfectamente la voz de Young Rice, pero quería cerciorarse.

—Soy Rice. Acabo de leer el «Clarion».

—¡Ah!

—¿Qué sarta de majaderías le ha ido usted contando a ese periodista imbécil?

—¿Usted cree que son majaderías?

Se produjo un breve silencio, como si las palabras de Mac Coy hubieran desconcertado al millonario.

—No quería que la muerte de mi hija fuese motivo de una información sensacionalista en los periódicos. Bastante tengo...

—Usted no puede impedir que los periódicos se ocupen del caso, señor Rice —le atajó Mac Coy—. Y a mí no me advirtió nada en ese sentido.

—Es cierto. Sin embargo...

—Por otra parte —volvió a interrumpir el detective—, yo tengo mis propios métodos de trabajo y no puedo adivinar si a mis clientes les van a gustar esos métodos o no. Pienso, además, que lo que el cliente desea son resultados.

—Bien, no voy a discutir sus puntos de vista, Mac Coy. Usted tiene experiencia. Pero no me ha gustado nada leer el «Clarion».

—Ya no tiene arreglo —el detective esbozó una vaga sonrisa—. Creo que no es prudente hablar demasiado de esto por teléfono.

—Tal vez tenga razón —el millonario hizo una breve pausa—. La encuesta se celebra dentro de una hora. ¿Irá usted?

—Sí.

—Allí nos veremos.

Mac Coy colgó el micro, abandonó el lecho y abrió la ventana, despezándose.

Le gustaban los problemas de misterio, pero, en general, prefería aquellos casos que podían resolverse mediante la acción directa. No es que le molestara tener que utilizar el cerebro, sino que su

temperamento fuerte y vigoroso le hacía sentir con frecuencia la necesidad de luchar. Y allí, hasta aquel momento, no tenía que luchar con nadie y todo se reducía a un esfuerzo de imaginación que, a lo peor, no le llevaría a ninguna parte.

Tomó un baño y se vistió sin prisas, abandonando acto seguido el hotel. En el primer quiosco que encontró al paso adquirió un ejemplar del «Clarion». En una cafetería cercana pidió huevos con jamón y café con leche, y se entretuvo, mientras le servían, en leer la información de Bruce Kells. El muchacho había sacado un gran partido a todas las noticias que él le diera. Escribía con amenidad y buen estilo y su reportaje, que ocupaba toda la primera plana del periódico, no tenía desperdicio.

Stanley se encaminó al Juzgado, donde tendrían lugar las encuestas de los dos asesinatos aquella misma mañana. Cuando llegó, iba a dar comienzo la de Diana Rice. Un detalle revelador de la enorme influencia de Young, que había conseguido, para terminar antes, que se antepusiera aquella diligencia a la concerniente a Slatter, a pesar de que esta debía celebrarse primero.

Todo se desarrolló en menos de media hora. Declararon el sargento O'Crowley, los peritos en huellas dactilares y balística, el forense, Young Rice, su hija, algunos sirvientes de la casa y el propio Mac Coy. El veredicto fue «asesinato cometido por persona o personas desconocidas».

Cuando salieron, Mac Coy habló unos momentos con el millonario. También estaba allí Owen, el secretario particular, que había ido a acompañarlos y que fue presentado a Stanley. Leyla, apoyada en el hombro de su padre, asistió a la breve charla sin pronunciar palabra, con gesto cansado.

—Procure ir luego a mi casa, Mac Coy —dijo Young Rice—. Tenemos que hablar. Lo mejor será que cene con nosotros. ¿Tiene inconveniente?

Ladeó la cabeza al pronunciar estas palabras para mirar a su hija, que hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible.

—Ningún inconveniente —repuso Stanley—. ¿A qué hora?

—Pongamos a las nueve y media. Tengo mucho que hacer con motivo del entierro y todo eso.

Se marcharon enseguida. Rice quería verse libre cuanto antes de aquellos trámites. Podía advertirse fácilmente en su rostro un gesto en el que la contrariedad se mezclaba al dolor.

El sargento se acercó a Mac Coy.

—Buenos días, sabueso —saludó—. La encuesta de Slatter va a celebrarse enseguida. Quédese.

—No he recibido ninguna citación oficial —sonrió el detective—. ¿Van a llamarme también a declarar en el caso Slatter?

—Sí. Las citaciones deben de estar en algún cajón de mi mesa. Ya le dije en una ocasión que a veces me olvido de detalles interesantes.

O’Crowley mordió la punta de un cigarro y lo encendió parsimoniosamente. Luego añadió:

—De, todos modos, estaba seguro de que usted vendría. ¿Adelanta mucho en sus investigaciones?

—Muchísimo —dijo Stanley en tono sarcástico.

—He echado un vistazo al «Clarion», pero no he tenido tiempo de leer con detalle la información de Kells.

—¿Y qué?

—Puede ser un buen truco. Y puede salir mal.

—Es usted muy listo, ¿eh?

—Nada de eso —el sargento movió lentamente la cabeza—. Me limito a utilizar discretamente la materia gris.

Un ujier apareció en aquel momento anunciando que iba a dar comienzo la segunda encuesta de la mañana. Mac Coy y O’Crowley entraron en la sala.

—Seguro —dijo el detective—, que será la primera vez que se celebran en Springfield dos encuestas por asesinato en el mismo día.

—Sí, es la primera vez. Y espero que sea la última... Las diligencias del caso Slatter fueron aún más rápidas que las de Diana Rice. Aparte de los elementos oficiales, prestaron declaración Mac Coy y una vieja sirvienta que llevaba muchos años al servicio del hombre asesinado. Por último llamaron a su secretaria.

Mac Coy se la quedó mirando fijamente al verla aparecer en el estrado. No se había fijado en ella anteriormente. Resultábale vagamente familiar el rostro de aquella muchacha. Estaba seguro de haberla visto antes en alguna parte, pero no recordaba dónde.

Al abandonar la sala, se acercó a ella.

—Hola —dijo—. ¿Se acuerda de mí?

La muchacha parecía violenta. El detective, con la mano extendida, esperaba. Ella se la estrechó al fin, murmurando:

—Sí, claro que me acuerdo de usted. ¿Cómo está?

—Divinamente. ¿Puedo acompañarla un rato?

—Bueno.

Salieron a la calle. Mac Coy iba pensando intensamente. Una nueva sombra surgía de pronto en el oscuro horizonte de aquel caso. Pero también podía ser una pista.

—Me he alegrado de verla —exclamó—. Y era sincero al decir esto. En cambo abstuvo de aclarar que había tardado varios minutos en recordar que la conocía. No le interesaba dar la sensación de que sus remembranzas de aquella noche eran confusas —. Me dejó usted plantado en aquel bar y aún no se lo he perdonado —sonrió.

—Era muy tarde y yo tenía que regresar a casa —se disculpó la muchacha—. Se lo advertí al marcharme. Solo que usted estaba...

—¿Cómo estaba?

—Supongo que lo sabe igual que yo.

—Sí, lo sé.

Mac Coy guardó silencio. Necesitaba a toda costa recordar todas y cada una de las circunstancias de su encuentro con aquella mujer, porque se resistía a admitir que también en esto hubiera jugado un papel decisivo el azar.

—Ha sido horrible lo del señor Slatter, ¿verdad? Era un hombre que tenía muchos enemigos, pero llegar al asesinato es algo... algo incalificable.

—Tenía muchos enemigos... —repitió Mac Coy como un eco. Luego agregó—: ¿Cuánto tiempo hace que trabajaba usted con él?

—Tres años.

Caminaban lentamente por la acera, sin rumbo fijo, al parecer.

Mac Coy inquirió:

—¿A dónde va usted, Joan?

—A mi casa.

—Si no tiene mucha prisa, la invito a un café.

—No, no tengo prisa —suspiró ella—. He de ir pensando en buscar otro empleo. Ahora, por desgracia, no tengo nada que hacer.

—Comprendo.

Entraron en una cafetería y ocuparon una mesa en el fondo del local, lejos de las ventanas, sobre las que el sol gravitaba con fuerza.

El cerebro de Stanley Mac Coy trabajaba a toda presión. ¿Dónde se había encontrado él con Joan? ¿En cuántos sitios había estado? ¿De qué habían hablado? Podía ser importante recordarlo y no quería que la muchacha se diera cuenta de sus vacilaciones. Era preferible hacerla creer que lo recordaba todo. Porque de una cosa estaba casi seguro: ella no le había dicho, cuando estuvieron juntos, que fuese la secretaria de John Slatter. Y eso era algo que sugería muchas posibilidades.

La miró fijamente, mientras una camarera colocaba ante ellos las tazas de café. Los ojos pardos de la muchacha tenían en aquel momento una expresión cautelosa. De vez en cuando se humedecía

los bien dibujados labios. Era bonita y el vestido estampado marcaba las turgencias de su esbelto cuerpo.

—No sabía que hubiera sido usted quien encontró a Diana Rice en la carretera —comentó Joan, al cabo de unos instantes.

—Ni tampoco sabría usted que fui la última persona que habló con su jefe antes de que le mataran.

—No, claro que no. Tampoco sabía eso.

Joan tomó un sorbo de café, y sin levantar la vista, interrogó:

—¿Va a permanecer muchos días en Springfield?

—Depende —repuso Mac Coy, en tono enigmático—. Lo mismo puedo quedarme veinticuatro horas que un mes.

Siguió observándola mientras terminaban de tomarse el café. La actitud de la joven era reservada. Estaba en guardia, esperando quizá que él hiciera muchas preguntas. Pero Stanley Mac Coy tenía sus propios métodos. De pronto, dejó unas monedas sobre la mesa, y, levantándose, anunció:

—He de irme ya, Joan. Espero que volveremos a vernos.

Joan le miró, desconcertada. No, no era aquello lo que esperaba.

Dijo:

—Como usted guste. Yo también me voy.

Abandonaron el establecimiento, deteniéndose unos momentos bajo el toldo de color barquillo. El detective encendió un cigarrillo y luego, sonriendo, exclamó:

—¿Me permite una pregunta?

—Usted dirá.

—¿Oyó hablar alguna vez a su jefe de un hombre llamado Daniel Brown?

—Nunca —respondió la muchacha, con firmeza.

«Quizá con demasiada firmeza», pensó Mac Coy.

—Gracias. Hasta la vista.

La estrechó la mano y se alejó a buen paso, maldiciendo con todas sus fuerzas el *whisky* y la ginebra. Joan ocultaba algo, eso era casi seguro. Pero él caminaba a ciegas, sin lograr recordar las circunstancias de su encuentro con la muchacha.

Quizá fuese conveniente dar una vuelta por el último bar donde estuvieron y tratar de reconstruir desde allí todos sus pasos anteriores. La bebida jugaba malas pasadas. Mac Coy recordaba muy bien su conversación con Slatter y todo lo que ocurrió desde que salió de aquel bar hasta que encontró a Diana Rice en la carretera. Pero en medio había una oscura laguna que abarcaba el tiempo que permaneció con Joan, tal vez lo más interesante de todo. Mentalmente se prometió a sí mismo que nunca más volvería,

a abusar del alcohol.

Tiró el cigarrillo, encogiéndose de hombros. Antes o después, el misterioso asesino de Springfield intentaría matar a alguien. Precisamente a él.

CAPÍTULO VI

El *barman* agitó epilépticamente la coctelera y luego llenó el vaso hasta los bordes.

Stanley Mac Coy le miró con gesto estúpido y apuró de un solo trago el «cocktail», limpiándose después los labios con el dorso de la mano.

—Otro —exclamó, con voz lenta y pastosa.

Había dos clientes más, de aspecto somnoliento, acodados en la barra, que no le prestaban ninguna atención. Mac Coy dirigió una turbia mirada al espejo. Tenía los cabellos alborotados y el lazo de la corbata torcido. Su expresión era la misma que dos noches antes. Quizá hubiera necesitado estar un poco más válido y tener ojeras, pero de todos modos podía pasar.

Bebió el segundo «cocktail» sin respirar, murmurando luego:

—¡Asco de mujeres!

El camarero no hizo ningún comentario. Los otros dos parroquianos le miraron de soslayo y cambiaron algunas palabras en voz baja. Mac Coy se dijo que ya era hora de que se marcharan de allí y le dejaran solo. Pronto cerrarían el bar y a él le interesaba estar allí un rato sin testigos inoportunos. Pero no parecían tener prisa. Uno de ellos sorbía un batido con exasperante lentitud y el otro tomaba café con leche.

La cena en casa de Young Rice no había resultado divertida. Tanto el millonario como su hija estaban cansados, acusando los efectos de las horas patéticas que habían vivido.

Había cenado también con ellos Ted Owen, que se retiró en cuanto terminaron de tomar el café. Leyla esperó unos minutos, marchándose después a dormir.

En cuanto a Young Rice, su enorme fortaleza física y moral le permitió resistir, impávido, una larga conversación con el detective.

Mac Coy señaló el vaso vacío y el camarero se apresuró a prepararle un tercer «cocktail».

En realidad, la charla con el potentado no había servido de nada. Mac Coy se enteró de muchos detalles referentes a su vida y a la de sus hijas. Anotó, por cumplir el expediente, los nombres de algunos de sus amigos, así como los lugares que Diana acostumbraba a frecuentar. Obtuvo, en fin, una información de las que el sargento O'Crowley hubiera calificado de rutinaria. Y nada

más.

Una investigación minuciosa de lugares y personas para tratar de establecer alguna conexión con el crimen, llevaría mucho tiempo y no era esta la forma en que Mac Coy estaba acostumbrado a trabajar. Como decía siempre, tenía sus propios métodos y una ilimitada confianza en su instinto y en su buena estrella.

Había salido de casa de Rice ya bastante tarde, dirigiéndose a pie al centro de la ciudad. Intencionadamente no había utilizado el coche, porque albergaba la esperanza de que sus pasos estuvieran ya vigilados y quería dar el mayor número posible de facilidades.

Después de deambular durante un rato sin rumbo fijo, se encaminó al bar de los taburetes rojos y los decorados cubistas. Seguía aferrado a la idea de que su encuentro con la secretaria de Slatter no podía ser fruto de la casualidad, pero sus esfuerzos por recordar detalles continuaban siendo infructuosos.

Quizá aquel camarero de aspecto amable pudiera serle de alguna utilidad.

—¡Asco de mujeres! —repitió.

Encendió torpemente un cigarrillo y apuntando con el dedo índice al camarero, como si fuera a acusarle de algo, añadió:

—Todas son iguales. Le encandilan a uno cuando las conviene y luego... ¡Bah! Sírname otro «cocktail», pero con más ginebra que los anteriores.

—Sí, señor.

Manipuló el *barman* para preparar otro «cocktail», dirigiendo recelosas miradas a Mac Coy. Parecía inquieto y aunque no había dado muestras de reconocerle cuando le vio entrar, el detective estaba seguro de que le recordaba muy bien.

Los otros dos parroquianos abonaron sus consumiciones y abandonaron el establecimiento.

Mac Coy dio unas cuantas chupadas al cigarrillo y barbotó:

—Hace demasiado calor aquí dentro. ¿Por qué no instala refrigeración?

—El negocio no da dinero para eso —sonrió el *barman*.

—Eso es lo que dicen todos. Volviendo a las mujeres... —se interrumpió para coger el vaso, bebió un sorbo y prosiguió:— Hace dos noches que estuve aquí con una. Usted lo recuerda, seguramente.

—Sí, creo que lo recuerdo.

—Claro, hombre. Pues se marchó, dejándome plantado. Yo... no me di cuenta hasta más tarde.

Tenía... —dejó oír una risita lenta— tenía demasiado alcohol

dentro del estómago. Me sucede con frecuencia, ¿sabe?

—Es natural.

El detective arrugó el entrecejo y en tono agresivo, inquirió:

—¿Por qué es natural?

La inquietud del *barman* iba en aumento.

—Pues... no lo sé, señor. He querido decir que muchos hombres beben con exceso y luego...

—¡Ah!

Stanley sacó un pañuelo del bolsillo de la americana y se secó la frente sudorosa. Terminó de beberse el «cocktail».

—Había pocos clientes —dijo— y a lo mejor usted, si hace memoria, recuerda a qué hora se fue aquella chica. Yo debí salir a eso de las tres.

—No... no puedo recordar la hora que era cuando la señorita se fue.

—No puede, ¿eh? ¿La conocía a ella?

—No, señor.

Mac Coy tiró el cigarrillo y alargó rápidamente el brazo izquierdo por encima del mostrador, agarrando al *barman* por el cuello de la blanca chaquetilla. El hombre palideció.

—¿Qué hace usted?

—Estás mintiendo —dijo Mac Coy, en tono incisivo. Su voz ya no era lenta ni pastosa y en sus ojos había un brillo peligroso—. Tú conoces a esa chica, me juego el cuello. Y yo necesito averiguar algo.

—¡Déjeme en paz!

Se le cortó la respiración al camarero cuando Mac Coy, sin esfuerzo aparente, alzó el brazo, y levantándole por encima del mostrador, le hizo pasar al otro lado.

—¡Llamaré a la policía! —chilló el *barman*.

—Muy bien. Llámala. Precisamente la policía está investigando dos asesinatos y puede que le interese tomarte declaración.

—No sé de qué me habla.

—¡Imbécil! ¿Acaso no te has enterado de que se cargaron a un tal Slatter y a una joven llamada Diana Rice? Lo sabe todo el mundo en, Springfield.

—Pero yo no tengo nada que ver con eso.

—No seas testarudo. Cuéntame algo de esa chica o te va a pesar.

—No tiene derecho a interrogarme y menos aún a tratarme de este modo.

—De acuerdo, no tengo derecho. Pero yo hago lo que me da la gana. Y aún no he empezado a tratarte mal.

De un violento empujón, envió al aterrorizado individuo contra una de las mesas. Al verse libre, el *barman*, una vez que hubo recuperado el equilibrio se abalanzó sobre el mostrador y cogió un sifón, enarbolándolo a guisa de maza.

—Mejor que lo dejes —ironizó Mac Coy.

Eludió el golpe que su adversario le dirigía a la cabeza, hizo una rápida finta con la derecha y le golpeó con la izquierda en el mentón. El camarero cayó de espaldas, soltando el sifón, que se hizo añicos contra el suelo.

Cuando se incorporó, Mac Coy estaba ante él, mirándole fijamente.

—Para mí, esto es un juego de niños —advirtió.

—Y nadie va a pagarte los desperfectos.

Sin pronunciar palabra, el *barman* levantó una pierna, intentando golpear a Stanley en el bajo vientre.

—Juego sucio, ¿eh? —sonrió Mac Coy, saltando a un lado.

Y golpeó de nuevo, esta vez con más fuerza.

El camarero volvió a caer y tardó un buen rato en recuperarse de los efectos del impacto. Sus labios partidos sangraban.

—Está bien —dijo, fatigosamente—. ¿Qué quiere saber?

—Eso es ponerse en razón. Forzosamente tuviste que fijarte en mí la otra noche y también en la mujer que me acompañaba. Cuéntamelo todo.

—No hay mucho que contar. Cuando usted llegó aquí con la muchacha, venía ya un poco...

—Comprendo. Sigue.

—A ella la conozco de vista, porque frecuenta bastante mi establecimiento, pero no sé su nombre. Primero estuvieron ustedes sentados en una mesa y luego en la barra. Ella no bebía. Quiero decir que la servía lo mismo que a usted, pero tiraba al suelo el contenido de los vasos.

—Interesante —comentó Mac Coy—. ¿Qué más?

—Se marchó cuando llevaban aquí cerca de una hora, aprovechando un momento en que usted fue a los lavabos.

—Chica lista. ¿No pregunté por ella cuando salí del lavabo?

—No.

—Indudablemente, había bebido como un cosaco. Continúa.

—Lo siento, pero no sé nada más. Mientras estuvieron sentados a la mesa hablaron bastante, pero en voz baja y no entendí nada. Además, tampoco presté atención.

Mac Coy miró al individuo fijamente durante un largo rato, tratando de calibrar hasta qué punto era sincero. Por último sacó

unos billetes y exclamó:

—Guárdate el cambio. Por las molestias.

—Gracias —dijo el *barman*, con amarga ironía.

—Buenas noches.

—Un momento, señor.

Mac Coy se volvió a mirar al que, mascando las sílabas, exclamaba:

—No vuelva más por aquí.

El detective se limitó a mirarle de arriba abajo despectivamente y salió a la calle.

Todo seguía envuelto en el misterio, pero al menos ahora sabía que la secretaria de Slatter había intentado sonsacarle algo, incitándole a beber, que había algo turbio en el comportamiento de la muchacha.

Había recorrido unas doscientas yardas cuando una sombra humana surgió de un portal, plantándose ante él en medio de la acera.

El detective se detuvo en seco y la pistola apareció en su mano izquierda en una fracción de segundo.

La sombra se acercó lentamente. Reinaba una oscuridad casi impenetrable y Mac Coy no podía distinguir con precisión la silueta. Su dedo índice se curvó sobre el gatillo de la pistola y con voz silbante, ordenó:

—No se mueva.

—¿Va a disparar o puedo acercarme sin temor? —inquirió una aterciopelada voz femenina.

Mac Coy guardó la «Savage», interrogando en tono duro.

—¿Qué hace usted aquí?

—Aguardándole —respondió Leyla Rice.

CAPÍTULO VII

Mac Coy se aproximó a la muchacha, murmurando:

—Creí que estaba durmiendo.

—Pero estaba aquí.

—Usted dijo que se iba a acostar.

—En efecto—. Leyla Rice suspiró. Su voz sonaba cansada y escéptica—. Fingí que me iba a la cama, pero no lo hice. Tenía que hablar con usted.

—¿Quiere decir que me ha seguido desde que me marché de su casa?

—Justamente.

—Y yo no me he dado cuenta —dijo Mac Coy, como hablando consigo mismo—. Debo de estar perdiendo facultades.

—Venga conmigo. Creí que no iba a encontrar en toda la noche una ocasión de hablarle sin que nadie nos viera.

—¿Dónde quiere que vayamos?

—Tengo el coche aquí cerca. Estaremos mejor sentados. Yo me encuentro algo cansada.

La siguió sin pronunciar palabra. No se veía un alma por las calles. Llegaron en pocos minutos a una calleja estrecha y oscura y subieron al automóvil de Leyla que estaba allí aparcado, con las luces apagadas.

—¿Me da un cigarrillo? —pidió la muchacha—. Tenga.

Mac Coy raspó un fósforo y acercó la llama a la punta del cigarrillo que ella mantenía entre los labios. Pudo darse cuenta fugazmente de que los ojos de Leyla tenían una honda expresión de melancolía y de fatiga.

Cuando apagó el fósforo y la penumbra volvió a reinar en el interior del coche, exclamó el detective.

—Bien, señorita Rice. ¿Qué desea de mí? Debe de ser algo muy importante cuando se ha tomado la molestia de seguirme y aguardar una ocasión propicia para hablarme a solas.

Leyla chupó con fuerza el cigarrillo y expelió una larga bocanada de humo. Mac Coy tuvo la impresión de que la muchacha vacilaba, como si a última hora se hubiera arrepentido de su decisión. Pero de pronto, la oyó decir:

—Mi padre le paga veinte mil dólares por encontrar al asesino de mi hermana.

—Cierto. Me entregó diez mil a cuenta y prometió otro tanto si mi gestión era eficaz.

Hubo una larga pausa, durante la cual podía escucharse perfectamente la respiración un poco agitada de Leyla.

—Yo le ofrezco treinta mil —declaró al fin la muchacha, en tono resuelto.

—Magnífico. Usted me ofrece treinta mil dólares. ¿Y qué debo hacer para ganarlos?

—Abandonar el asunto —fue la desconcertante respuesta.

En el rostro del detective se dibujó un gesto de asombro, seguido de una irónica sonrisa.

—Repita eso —indicó.

—Estoy dispuesta a entregarle treinta mil dólares si abandona usted este asunto.

—Es una oferta tentadora —admitió Stanley—, pero me gustaría conocer los motivos que la impulsan a obrar así.

—Eso es cosa mía.

—¿No puede decirme nada, absolutamente nada?

—No.

Mac Coy permaneció callado durante un largo rato, reflexionando intensamente. Era indudable que la propuesta de Leyla Rice obedecía a algún motivo poderoso que le hubiera gustado averiguar. Pero la muchacha parecía decidida a no dar explicaciones y el detective pensó que sería inútil insistir. Repentinamente, inquirió:

—¿De qué tiene miedo, Leyla?

Ella giró la cabeza para mirarle y sus verdes ojos relampaguearon en las sombras.

—Yo no tengo miedo —afirmó, cautelosa.

—¿Mató usted a su hermana?

—¿Cómo puede decir una cosa semejante? —gritó la muchacha.

Y sus manos se crisparon sobre el volante del coche.

—Es la única explicación que se me ocurre —murmuró Mac Coy, con entonación mordaz—. Nadie tan interesado en que no se descubra a un asesino... como el propio asesino.

—No he buscado esta entrevista para que usted me someta a un interrogatorio, sino para hacerle una proposición. Dígame si acepta o no y terminemos de una vez.

—Lo siento —dijo Mac Coy—, pero no puedo aceptar. Young Rice es mi cliente y yo no acostumbro a traicionar a los que depositan en mí su confianza.

—Cuarenta mil dólares —insistió tercamente la muchacha.

—¿Cómo puede disponer de tanto dinero? Ya sé que su padre es multimillonario, pero usted es muy joven y me sorprende...

—Eso tampoco es asunto de su incumbencia, Mac Coy.

—Llámeme Stanley —insinuó el detective, suavemente.

—¿Por qué pierde el tiempo desviando innecesariamente la conversación? Es muy tarde y yo estoy cansada. Le ofrezco cuarenta mil dólares, fíjese bien. Creo que jamás volverá a presentársele una oportunidad de ganar tanto dinero por no hacer nada. Además, usted está afrontando unos riesgos que, si acepta mi oferta, habrán terminado. Decídase.

Mac Coy puso una mano sobre el hombro de la muchacha. Ella permaneció inmóvil, como si no lo hubiera advertido, esperando a que el detective hablara.

—Escuche, criatura. Reflexione un poco. ¿Qué iba a conseguir si yo aceptase su proposición? Solamente tirar cuarenta mil dólares por la ventana. La policía descubrirá antes o después al culpable y usted no podrá evitarlo. No puede ofrecerle dinero al sargento O’Crowley para que abandone la investigación.

—Es muy posible que la policía no descubra jamás al culpable. Y por otra parte...

—¿Qué? —interrogó Stanley al observar que ella vacilaba.

—Usted le dijo a mi padre que cuando emprende una investigación llega siempre al final por graves que sean las consecuencias.

—Sí, eso dije.

—Y estoy convencida de que no era un «bluff». Es usted de la clase de hombres que no retroceden ante nada.

—Puede.

—Créame, Stanley. Es mejor dejar las cosas como están.

—Lo mejor sería que confiara en mí —observó Mac Coy. Y la presión de su mano sobre el hombro de la muchacha se hizo más fuerte—. ¿Qué es lo que sabe? ¿A quién tiene miedo? ¿Cómo puede pretender que el hombre que mató a su hermana permanezca en la inmunidad durante el resto de su vida?

—Nadie puede devolverle la vida a Diana —suspiró la joven.

—Ya lo sé. Pero el asesino debe pagar su culpa. No, no lo entiendo. Es usted demasiado joven y quizá no tiene experiencia de la vida. Más, a pesar de eso, su actitud carece de sentido. Si la policía lo supiera, resultaría usted sospechosa. ¿No puede confiar en mí?

Leyla hizo un gesto negativo y el detective prosiguió:

—Está bien. No volveré a insistir. Pero tenga presente esto,

Leyla: en asuntos de esta clase, nadie puede impedir que el cieno se remueva. Renuncie a ello si es eso lo que trataba de evitar.

—¿Por qué supone tal cosa?

—Soy menos joven que usted —sonrió Mac Coy —y tengo mucha experiencia de la vida. Estoy acostumbrado a luchar y he tratado con gentes de todas clases. Sea valiente, Leyla. Es lo mejor que puede hacer. Y no se considere obligada a intentar evitarle disgustos a su padre. El prefiere la verdad, porque es un hombre fuerte y capaz de soportarlo todo.

—He cometido un error al hablar con usted —dijo la muchacha, con voz trémula.

Mac Coy la cogió con suavidad por la barbilla, obligándola a alzar la mirada, y acercó su rostro al de ella.

—Está llorando —murmuró.

Leyla hizo un esfuerzo para contener las lágrimas, sacó del bolso un diminuto pañuelo y se secó los ojos.

—Debe usted pensar que soy una estúpida —dijo.

—No. Solo pienso que es una chiquilla impulsiva y un poco sentimental. ¿La acompaño a su casa?

—Puedo ir sola, no se preocupe. Usted necesita descansar.

—Por última vez —exclamó el detective—. ¿No quiere contármelo todo?

—¿Por qué imagina que tengo algo que contar?

—No trate de engañarme, muchacha. Pierde el tiempo. Hábleme de su hermana, dígame todo lo que se la ocurra, aunque crea que no tiene importancia. Tal vez pudiese ayudarme.

—No puedo ayudarte.

—De acuerdo—. Mac Coy esbozó una vaga sonrisa—. En realidad no necesito ayuda.

—¿Es que sabe ya algo?

—Puede.

—¿Sabe quién mató a mi hermana?

—Aún no, pero lo averiguaré. Por ahora, lo único que sé es por qué mataron a John Slatter. Y el camino empieza ahí.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Cuestión de discurrir —dijo Mac Coy, recordando una de las frases favoritas del sargento O’Crowley—. No me haga más preguntas.

La miró atentamente y por un momento sintió tentaciones de besarla, pero se contuvo.

—¿De veras no quiere que la acompañe? —inquirió, echando la cabeza hacia atrás.

—No, gracias.

—Hasta la vista, entonces.

Mac Coy abrió la portezuela del coche. La mano de Leyla Rice se apoyó suavemente sobre su brazo. La oyó decir, con voz un poco trémula:

—No forme un mal concepto de mí. Y... vaya con cuidado. Pueden matarle.

—Espero que no lo consigan —dijo Mac Coy, riendo—. Buenas noches.

—Adiós.

Stanley bajó del coche y estuvo parado en la acera, mientras este se ponía en movimiento. Cuando desapareció de su vista, al torcer por una bocacalle, echó a andar en dirección al hotel.

Se sentía terriblemente cansado cuando llegó. Pidió su llave al somnoliento encargado nocturno del «comptoir» y subió a su habitación.

Abrió la puerta, tanteando la pared, y accionó el conmutador de la luz.

Su fatiga desapareció de repente. Echando mano a la pistola, retrocedió de un salto, con rapidez de acerado muelle y ordenó secamente:

—No se mueva.

El hombre que estaba sentado en una silla, con las piernas cruzadas, permaneció inmóvil, contemplándole con gesto de interés, mientras exclamaba:

—No se ponga nervioso, hermano.

—De acuerdo, no me pondré nervioso—. Mac Coy movió amenazadoramente la pistola—. Pero usted levántese y ponga las manos bien altas.

—Es innecesario —dijo el otro—. No llevo armas, se lo aseguro.

Su tono era indiferente y ligeramente mordaz.

—Muy bien. ¿Y se puede saber qué estaba usted haciendo en mi habitación a oscuras?

—Estaba esperándole. Y tenía la luz apagada porque alguien podía verla desde fuera y ocurrírsele investigar. Eso hubiera sido desagradable para mí. Resulta que... por motivos personales, quiero pasar desapercibido.

—¿Cómo entró?

—Fácil. Las cerraduras de los hoteles no son precisamente un modelo de fortaleza.

Mac Coy avanzó hasta situarse muy cerca del misterioso visitante, sin dejar de apuntarle con la pistola, y le examinó

atentamente.

Era un hombre de unos treinta años, de cabello negro, ondulado y grandes ojos oscuros. Sus facciones eran atractivas y vestía con natural elegancia. Parecía completamente tranquilo y dueño de sí. Sus gestos y sus actitudes, pensó Mac Coy, sin saber por qué, eran los característicos de esos hombres a los que las mujeres encuentran interesantes.

—Creo que ha llegado el momento de que me diga quién es usted y lo qué desea.

—Sí, yo también lo creo. A propósito: supongo que es usted Stanley Mac Coy. Sería divertido que me hubiera confundido de habitación.

—Soy Mac Coy.

—Celebro conocerle. He venido a verle por algo relacionado con un asesinato.

—Ha habido dos asesinatos en esta ciudad —dijo el detective, con acento receloso—. ¿A cuál de ellos se refiere?

—Al de Diana Rice.

—Muy bien. Hable.

—Me interesa mucho ese asunto.

—Déjese de rodeos y vaya al grano.

El visitante miró fijamente a Mac Coy y una triste sonrisa oscureció su semblante.

—Tenga calma, Mac Coy —dijo—. Es lógico que me interese el asesinato de Diana Rice.

—¿Por qué?

—Era mi mujer.

CAPÍTULO VIII

Guardando lentamente la pistola, Stanley Mac Coy se dejó caer en una silla, frente a su visitante y exclamó:

—¿Ha dicho que Diana Rice era su mujer?

—Sí, eso es lo que he dicho.

Mac Coy sacó un paquete de cigarrillos, ofreció a su interlocutor y encendió el suyo, chupando con delectación.

—Sorprendido, ¿verdad? —dijo el visitante.

—Bastante. Además, hay sorpresas de las que uno tarda en reaccionar más de lo prudente. Esta noche —añadió, sonriendo—, voy coleccionando una tras otra. ¿Se ha presentado usted a la policía?

El hombre negó con un gesto.

—Debería hacerlo —insinuó Stanley.

—He preferido verle a usted primero. Aclararé algunos puntos para que vaya usted reaccionando. Primero, yo no vivo en Springfield, sino en Chicago. Segundo, mi matrimonio con Diana se llevó a cabo en el más absoluto secreto y así se ha mantenido hasta ahora.

—Me lo figuro —declaró Mac Coy— porque ni el padre ni la hermana de Diana tienen idea de que estuviera casada —hizo una pausa, enarcó las cejas en gesto reflexivo y prosiguió—: El padre, al menos. Respecto a Leyla... ya no estoy tan seguro. Y a todo esto, ¿cómo se llama usted?

—Mi nombre carece de importancia. Por ahora, llámeme Daniel Brown.

—¡Maldición! —barbotó el detective—. ¡Esto ya es demasiado!

—¿Qué quiere decir?

—Hablabas solo, discúlpame.

—Mucha gente habla sola —admitió Brown—. No tiene importancia.

—¿Por qué no se explica de una vez? —exclamó Mac Coy, en tono incisivo—. ¿A qué ha venido? ¿Qué quiere de mí?

—He venido a matar o a que me maten —informó plácidamente Brown—. Y como existen muchas probabilidades de que sea esto último lo que ocurra, decidí charlar con usted antes... antes de seguir adelante. He leído la información que publica el «Clarion» y eso me ha sugerido la idea de que usted era el tipo adecuado para...

para colaborar conmigo.

—¿Cómo me ha localizado?

—Unas cuantas llamadas telefónicas a los hoteles más importantes resolvieron el problema. Acerté a la tercera.

—Entendido. Y ahora, en serio, ¿a quién quiere matar?

—Al asesino de Diana, naturalmente.

Mac Coy tragó saliva y su mirada se clavó con dureza en el rostro impassible de Daniel Brown.

—¿Me está tomando el pelo o sabe realmente quién asesinó a su esposa?

—Lo sé.

El detective sonrió. Su buena estrella seguía acompañándole. Todo aquel embrollo iba a resolverse, al parecer, con una facilidad que jamás hubiera sospechado. Young Rice pagaría sin rechistar los diez mil dólares restantes y él regresaría triunfante a Chicago. O quizá se tomara unas largas vacaciones.

—Perfectamente —exclamó—. En este caso, el asunto está resuelto. ¿Quién fue?

—No tan deprisa, Mac Coy. Antes tengo que exponerle mis condiciones.

—¿Qué condiciones?

—No quiero que el asesino sea detenido por la policía. ¿Entendido?

—Ni palabra, pero continúe usted.

—En el fondo, yo estimaba a Diana —afirmó Brown, con voz nostálgica—. Incluso he llegado a pensar que la amaba. Uno aprecia las cosas según las circunstancias. Conseguir que ella se casara conmigo fue la mayor canallada que he cometido en mi vida, y conste que he cometido unas cuantas. Cuando nos casamos... Bueno, entonces todo era diferente. Yo solo pensaba en mí mismo y caminaba hacia una meta definida. Pero nunca esperé que todo fuese a terminar de esta forma, Mac Coy. Por eso voy a matar.

El detective encendió otro cigarrillo.

—Más tarde —continuó Brown— mis ideas empezaron a tambalearse y sentí asco de mí mismo. Pero estaba cogido y tenía que seguir adelante. Me faltó valor para enfrentarme con todo lo que me rodeaba. En realidad, no soy más que un cobarde.

—Hasta ahora —afirmó Mac Coy, con acento agresivo—, todo lo que está hablando es chino para mí.

—No se impaciente, lo comprenderá enseguida. Yo dominaba a Diana a mi antojo, la sugestionaba de un modo casi total. Pero allá, en lo más profundo de su ser, ella seguía conservando algo que la

separaba de mí, algo a lo que yo temía y que no podía vencer. Algo, en suma, que me vencía a mí. Eso fue lo que me hizo cambiar sin que yo mismo me diera cuenta, poco a poco. Era como esas gotas de agua, humildes y silenciosas, a las que no concedemos importancia y que, sin embargo, son capaces de horadar la roca.

Brown hizo una pausa y una sombra triste veló sus pupilas.

—He comprendido muchas cosas —prosiguió— al saber que ella había muerto, que la habían asesinado. Por eso he venido a Springfield y por eso le he buscado a usted. Vamos a coger al asesino, Mac Coy. Usted y yo. A mí solo... no me sería posible. No podría siquiera acercarme a él después de lo que ha pasado. Descubrirá usted una infinidad de cosas, ganará gloria y quizá dinero también. Porque supongo que no se habrá metido en este asunto por afición.

Respiró hondo Daniel Brown antes de añadir:

—Pero el hombre que la mató... es mío.

—Concrete eso, por favor.

—¿Es que no lo entiende? No quiero que vaya a la cárcel ni a la silla eléctrica. Quiero ser yo quien termine con él. Después, tal vez logre dormir tranquilo. Y no me importará lo que pueda ocurrirme.

Dejó de hablar y se quedó mirando a Mac Coy con gesto interrogante, como esperando una respuesta.

El detective movió lentamente la cabeza y dijo:

—No puedo prometerle nada, Brown.

—¿Significa eso que no acepta mi proposición?

—Significa que si yo encuentro a un asesino, no puedo escamotearle a la policía. Soy un detective privado, Brown, y tengo que pisar firme. Un resbalón podría costarme la licencia. Y lo que usted propone no va a ser fácil. Hay muchas fuerzas ocultas en torno a este asunto. Un tipo llamado John Slatter fue asesinado pocas horas antes que Diana y es casi seguro que le matara la misma persona.

—No es casi seguro —observó Brown—. Es seguro.

—¿También lo sabe?

—También.

—Como informador, es usted una mina —suspiró Mac Coy—. Lástima que no hable claro. Nos ahorraríamos todos muchas molestias y quién sabe si la propia vida.

Daniel Brown se echó a reír.

—Eso es lo malo —dijo—. Que todo el mundo tiene demasiado amor al pellejo.

—¿Usted, no?

—Tenía amor a la vida hasta que supe que Diana había muerto. Entonces lo perdí. ¿No hay nada que hacer, Mac Coy? Piénselo. En realidad, no es tan difícil. Si yo no estuviese convencido de que ese hombre me espera, no habría venido a verle a usted. Vine porque no quiero fracasar. Y también porque sé que antes o después, él intentará quitarme de en medio y he pensado que lo mejor es tomar la iniciativa—. Se encogió cansadamente de hombros, añadiendo—: Usted es un tipo audaz y listo. Pero no es un superhombre. Llegado el momento, usted no podrá evitar que yo... —Brown hizo un significativo ademán con las manos—. Y nadie podrá acusarle de nada.

—Supongamos que acepto. ¿Quién me garantiza que todo lo que usted me ha contado es cierto?

—Solo al final podrá convencerse. Ahora no puedo probar nada.

El detective reflexionó unos instantes. Tenía la instintiva sensación de encontrarse ante un hombre que en aquel momento era sincero y la tentación resultaba demasiado fuerte. Después de todo, si conseguía terminar satisfactoriamente el asunto, la propia policía tendría que agradecerse, aunque les hurtara la posibilidad de detener al asesino. Y también Young Rice quedaría satisfecho de sus servicios y él podría marcharse a Chicago con veinte mil dólares en el bolsillo.

Mientras sacaba el paquete de cigarrillos y escogía uno, dijo pensativamente:

—¿Quién es el hombre, Brown?

Una sombra se movió en la ventana. Daniel Brown esbozó una sonrisa.

—Celebro que esté de acuerdo. Podremos resolverlo todo esta misma noche. Ya verá...

—¡Cuidado! —advirtió el detective, tirándose al suelo e intentando arrastrar a Brown en su caída.

Falló por un quinto de segundo. El apagado disparo de una pistola provista de silenciador se confundió con el ruido de los cristales de la ventana al sallar en pequeños fragmentos.

El cuerpo de Daniel Brown se estremeció al recibir el impacto, su cabeza se dobló hacia delante y luego quedó inmóvil, rígido, con los ojos abiertos y los brazos colgando a los lados de la silla.

Stanley Mac Coy se incorporó de un salto, despreciando el peligro que quizá le acechaba, y corrió a la ventana. Cuando consiguió abrirla, vio una sombra humana que se escurría velozmente por la escalera de incendios. Mac Coy hizo cabalgar una pierna sobre el alféizar, luego la otra. Esgrimió la pistola y

descendió de cuatro en cuatro los peldaños de hierro.

Cuando llegó a la calle, la sombra había desaparecido. Corrió como una flecha hasta la esquina próxima y miró por la bocacalle sin ver a nadie. Entonces retrocedió para mirar en la esquina opuesta con el mismo resultado negativo.

Jadeando a consecuencia del esfuerzo, regresó lentamente a su habitación por la escalera de incendios.

Daniel Brown estaba muerto. La bala había penetrado, certera, en el lado izquierdo de su cabeza, matándole instantáneamente.

Reflexionó Mac Coy unos minutos. En el hotel todo estaba silencioso y tranquilo. El disparo con silenciador no debía de haber sido oído por nadie.

Rápidamente, el detective registró los bolsillos de Brown. Encontró una cartera con billetes y diferentes objetos personales, pero no halló, en cambio, un solo documento.

Rechinando los dientes, Stanley levantó el auricular del teléfono y pidió comunicación con la Jefatura de Policía. Una voz somnolienta contestó enseguida a su llamada.

—El sargento O’Crowley, por favor.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Supongo que en su casa, durmiendo.

—Avísele inmediatamente —dijo Mac Coy, en tono seco—. Dígale que venga al Hotel Michigan y que suba a la habitación de Stanley Mac Coy. Le espero.

—¿Pero quién diablos se ha creído usted...?

—En mi habitación —interrumpió el detective— hay también un muerto esperando. Dese prisa.

Sin esperar respuesta, colgó el micro, dirigió una larga mirada al cadáver de Daniel Brown y pasó al cuarto de baño. La posibilidad de dormir habíase esfumado y el cansancio, que durante la conversación con Brown le había abandonado, resurgía ahora más acentuado todavía.

Se quitó la americana y la corbata y remangándose la camisa, se lavó con agua muy fría.

Cuando hubo terminado de lavarse, se sintió mejor. Tomó asiento, encendió un cigarrillo y fumó pausadamente, con los ojos entornados.

Tenía formada una teoría, pero no había acabado de perfilarla. Las revelaciones de Daniel Brown complicaban las cosas, más también aclaraban, en cierto sentido, su teoría. Y además, la charla con él había servido, incomprensiblemente, para hacerle recordar

algo. El misterio de las horas transcurridas desde que abandonó el despacho de John. Slatter hasta que salió del bar de los taburetes rojos y los decorados cubistas, empezaba a desvelarse lentamente.

Interrumpió sus reflexiones quince minutos más tarde, cuando el sargento O’Crowley, acompañado de dos de sus hombres y seguido del lívido encargado nocturno del hotel, penetró en la estancia.

CAPÍTULO IX

—Debí figurármelo —suspiró O’Crowley, después de contemplar durante unos momentos el cadáver de Daniel Brown—. Sus declaraciones al «Clarion» auguraban algo parecido.

—¿Por qué no prueba a discurrir un poco? A usted le gusta hacer uso de la materia gris.

—¿Qué insinúa, Mac Coy?

El detective miró significativamente hacia la puerta. O’Crowley, observándolo, se dirigió al gerente del hotel, que estaba en el umbral mirando con expresión de pavor al muerto.

—Espere fuera —ordenó el sargento—. Ya le mandaré llamar si le necesito.

—Sí... sí, señor. Esto... esto es terrible.

El gerente se marchó, cerrando la puerta con mano temblorosa.

—Siga, genio —exclamó O’Crowley.

Mac Coy extrajo de la funda sobaquera su pistola y cogiéndola por el cañón se la alargó al sargento.

—Compruebe —dijo con ironía— que no ha sido disparada recientemente. Y más tarde, cuando hagan la autopsia a ese hombre, averiguará que le mataron con una «Star» del siete sesenta y cinco, provista de silenciador en este caso. La misma con la que mataron a John Slatter y a Diana Rice.

—¿Qué más? —inquirió el sargento, devolviendo la pistola a Mac Coy, sin tomarse la molestia de examinarla.

—Sus conclusiones han sido algo precipitadas.

—¿Qué conclusiones?

—Vamos, sargento, no se haga el loco. Debió asimilar un poco antes de hablar. En nuestra profesión, asimilar es muy importante. Yo diría que fundamental. Usted pensó que este individuo había entrado aquí con el propósito de asesinarme y que yo me le había cargado. Pero si observa algunos detalles, se dará cuenta enseguida de su error. Fíjese que está sentado. No encaja, ¿verdad? ¿O supone que el hombre entró, que estuvimos charlando amigablemente, que luego intentó matarme y que yo me adelanté?

—Lo he comprendido ya —replicó suavemente O’Crowley —y me parece innecesaria tanta charla. Concretemos.

—Concretaré. Este hombre me estaba esperando aquí, en mi habitación, cuando vine a acostarme. No le había visto jamás. Dijo

llamarse Daniel Brown y aseguró que estaba interesado en el asesinato de Diana Rice. Quería contarme algo, pero le dispararon desde la ventana sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo. Vea el cristal, sargento. Es otro detalle que antes pasó por alto. Bien, fue un disparo certero. Yo salí en persecución del asesino por la escalera de incendios, pero me llevaba mucha delantera y cuando llegué a la calle había desaparecido. Regresé y llamé por teléfono a Jefatura. Eso es todo.

—¿Todo? —interrogó, receloso, O’Crowley.

—Sí, todo.

—De acuerdo, Mac Coy. Fingiré que me lo creo, pero no vaya a tomarme por idiota. Sería lamentable.

—Reconozco que así, a primera vista, la historia resulta un poco inverosímil. Sin embargo, es la verdad.

—Posiblemente. Pero tiene que haber algo más. ¿No va a decírmelo?

Mac Coy movió la cabeza, en gesto dubitativo. Luego, esbozó una sonrisa.

—Acompáñeme, sargento. Hablaremos por el camino.

—¿A dónde quiere que le acompañe?

—Tal vez a evitar otro asesinato —declaró Mac Coy, en tono enigmático—. Sus hombres pueden ocuparse de esto. Y le advierto que estoy hablando en serio.

O’Crowley tardó unos momentos en contestar. Tenía los párpados entornados y miraba a Mac Coy fijamente, como si quisiera convencerse a sí mismo de que podía fiarse de él. Por último, mordió la punta de un habano, lo encendió, dictó unas cuantas órdenes a sus hombres y dijo:

—Vamos.

Cuando estuvieron acomodados en el coche de la policía, inquirió O’Crowley:

—¿A quién supone que van a asesinar ahora?

—A la secretaria de John Slatter —afirmó Mac Coy, con voz grave. Luego, añadió—: Debí pensar antes en ello, pero a veces el cerebro se le embota a uno y las ideas acuden con cámara lenta.

—Sí, eso es algo que ocurre con frecuencia, sobre todo a Las personas que beben demasiado.

—Ahora no es ese mí caso. No he bebido con exceso últimamente. ¿Sabe usted dónde vive? Me refiero a esa chica.

—No, pero en Jefatura estará anotada su dirección. Lo averiguaremos enseguida —O’Crowley se inclinó hacia delante, ordenando al conductor—: Para en una farmacia de guardia.

Encontraren una dos minutos más tarde. El sargento se apeó, regresando poco después.

—Ya está —dijo—. Calle Búfalo, 83.

—Dese prisa —recomendó Mac Coy al conductor. Y tras una pausa, volviéndose a mirar a O’Crowley—: Temo que lleguemos tarde.

El sargento guardó silencio mientras el coche recorría a gran velocidad las solitarias calles.

—¿No me hace preguntas? —interrogó Mac Coy.

—Estoy esperando a que se explique usted.

—El hombre muerto era el marido de Diana Rice.

Por una vez, el sargento O’Crowley perdió su flema habitual. Revolviéndose en el asiento como si le hubiera picado una avispa, barbotó, amenazante:

—Si es una broma, Mac Coy...

—No es una broma. Young Rice está en la higuera, desde luego. Su misterioso yerno vivía en Chicago y ya verá usted como al identificarle averiguaremos muchas cosas respecto a él que no serán precisamente un certificado de honorabilidad. Ahora podemos plantearnos esta incógnita. Cuando Diana Rice fue asesinada en la carretera, ¿iba a la finca de su padre o a Chicago para ver a su marido? Me inclino por la segunda solución.

—¿Y cree que eso importa mucho?

—Tal vez.

—Esto es un lío, Mac Coy. Un lío fenomenal. ¿Quién iba a figurarse que Diana Rice estuviera casada en secreto? Yo había formado una teoría respecto a estos crímenes, pero ahora se viene abajo.

—La mía, en cambio, va perfilándose.

—¿Qué sabe usted?

—Bastantes cosas, pero no diré ni una palabra si antes no me habla usted del informe de autopsia de Diana Rice.

—¿Qué quiere saber?

—Usted ya se lo imagina. A no ser que mi cerebro esté mucho más embotado de lo que yo creía.

—Concretamente —murmuró O’Crowley con cautela—, ¿qué es lo que se figura que encontraron al hacerle la autopsia?

—Algo extraño, aparte del balazo, naturalmente. Más claro aún: ¿Encontraron indicios de que la muchacha se drogaba?

Hubo un breve silencio. Después el sargento afirmó:

—Sí. Me reservé esa parte del informe como una pista y no quise decirle nada a Young Rice, porque... Bueno, creo que no es

caritativo aumentar el sufrimiento de las gentes si está en nuestra mano evitarlo.

—Es usted un policía muy original.

El coche se detuvo en aquel momento junto a un enorme edificio de moderno aspecto.

—Hemos llegado —anunció el sargento.

Se encontraron, dentro de la casa, con un vigilante nocturno que los miró recelosamente.

—Policía —informó O’Crowley secamente—. Vamos al piso tercero, departamento B. Acompáñenos.

—Sí, señor.

El vigilante no hizo ninguna pregunta y Mac Coy pensó que también O’Crowley podía mostrarse duro y tajante si se lo proponía.

Un amplio ascensor los condujo en pocos momentos al tercer piso.

Sus llamadas en el departamento B no obtuvieron respuesta.

—¿Tiene llave duplicada? —preguntó O’Crowley al vigilante.

—No, señor.

—¿Sabe usted si la inquilina ha salido?

—¿La señorita Joan? Yo no la he visto.

O’Crowley miró a Mac Coy, vaciló unos segundos, volvió a llamar insistentemente...

—Echemos la puerta abajo —exclamó Stanley.

—¿Está seguro de que debemos hacerlo? Estas cosas producen a veces muchos quebraderos de cabeza.

—Ya lo sé. No tiene usted mandamiento judicial. Olvídelo. Son tres asesinatos los que está investigando, O’Crowley. Vamos.

La puerta cedió al cuarto intento mancomunado de los tres hombres.

Entró delante O’Crowley, quien tras tantear en la pared encendió la luz del vestíbulo. Avanzaron luego por un pasillo, al que desembocaban varias puertas.

La primera habitación era una especie de cuarto de estar, donde no había nadie. La segunda correspondía a la cocina. La tercera era un dormitorio.

Desde el umbral, el sargento anunció con tono lúgubre:

—Acertó usted, Mac Coy. Es tarde.

Joan estaba tendida de espaldas en el suelo, con los brazos abiertos y las piernas ligeramente encogidas. Tenía puesto un camisón de color azul pálido muy descotado y había recibido un balazo en el pecho del que ya no manaba sangre.

—¡Dios mío! —gritó el vigilante—. ¡Está muerta! ¡La han

asesinado!

—¡Cállese!

—Me pregunto —dijo pensativamente Mac Coy— si la mataron antes o después que a Daniel Brown.

—No será fácil determinarlo, porque es evidente que la diferencia de tiempo entre ambos crímenes ha sido muy pequeña. Y, además, ¿qué puede importarnos?

—Esto se me debió ocurrir antes —musitó Mac Coy—. Era lógico. Ella formaba parte de la cadena. ¿Se ha fijado en eso?

—Sí —dijo O’Crowley dirigiendo una mirada a las tres maletas que había junto a la cama—. Al parecer pensaba marcharse, pero no le dieron tiempo. Espere aquí, por favor. Voy a telefonear.

Cinco minutos más tarde estaba de vuelta en el dormitorio. El vigilante paseaba nerviosamente por el pasillo sin atreverse a entrar. O’Crowley le llamó.

—¿No ha entrado nadie en la casa que pudiera ser sospechoso? Piénselo bien.

—No, señor. No necesito pensarlo. Desde que comencé el servicio, a las once, solo han entrado algunos inquilinos. Los conozco muy bien a todos.

El sargento no siguió interrogando y Mac Coy se repitió mentalmente que, en efecto, O’Crowley era un policía original. Otro cualquiera, en su lugar, hubiese acosado a preguntas al vigilante nocturno, le hubiera amenazado, incluso le hubiese acusado del crimen. Era el método corriente. Pero O’Crowley parecía conceder más importancia a la deducción y a su propia inteligencia que a la rutina.

—Sí, las cosas continúan así —dijo el sargento—, supongo que acabaré teniendo que presentar la dimisión.

—¿Por qué?

—Cuatro asesinatos misteriosos en tan breve espacio de tiempo son demasiados para esta ciudad. La opinión pública se nos va a echar encima.

—No se desanime —sonrió Mac Coy—. Es muy probable que al final todo sean laureles para usted.

—Lo dudo —suspiró O’Crowley—. Y ahora, mientras llegan mis hombres, podemos continuar nuestra conversación si no tiene usted inconveniente. ¿Qué más sabe del asunto?

—Voy a exponerle una teoría, aunque quizá no debiera hacerlo, porque me arriesgo a perder diez mil dólares. Verá, sargento. Aquí funciona una organización clandestina que se dedica a la venta de estupefacientes.

—Es muy probable, casi seguro. Andamos tras de eso hace algún tiempo, pero hasta ahora las pistas han sido muy vagas.

—Bien. Daniel Brown era el encargado de enviar los paquetes de drogas desde Chicago, a nombre de John Slatter.

—¿Slatter? No acabo de figurármelo metido en un asunto de estupefacientes. Él era de otra calaña y muy poco valiente. No, Mac Coy. Su teoría no me convence.

—Mejor será que me deje terminar. Los paquetes venían dirigidos a John Slatter, pero no llegaban jamás a su poder, porque alguien se encargaba de interceptarlos.

—A ver, aclare eso.

Mac Coy dirigió una significativa mirada al cadáver de Joan.

El sargento sacó su pequeño abanico y se abanicó la cara lentamente.

—Eso puede servir —dijo al fin—. Ella, como secretaria de Slatter, podía muy bien intervenir los paquetes antes de que los viera su jefe. ¿Pero con qué objeto los mandaban a nombre de Slatter?

—Es muy sencillo, sargento. Esa gente toma precauciones. Si se hubiese descubierto algo, las sospechas hubieran recaído sobre Slatter. Era un medio como otro cualquiera de despistar a la policía en el caso de que este recelara algo. Y aún se me ocurre otra justificación.

—¿Cuál?

—Ella —volvió a señalar el cadáver—, podía haber despertado sospechas al recibir con regularidad paquetes certificados en el caso de una posible investigación. Slatter, en cambio, por la naturaleza de sus negocios, recibía una correspondencia copiosa y paquetes abundantes. Piense que los que se dedican a esta clase de negocios son unos perfectos canallas, pero no tienen nada de tontos.

El sargento asintió con un movimiento de cabeza y Stanley prosiguió:

—El remitente de los paquetes era Daniel Brown. Un nombre falso, desde luego. De modo que, de haberse descubierto algo, la Policía se hubiera encontrado con un destinatario que hubiese negado sinceramente haber recibido jamás paquetes de esa clase, y con un remitente que en realidad no existía.

—Siga, Mac Coy. Su charla va resultando interesante.

—Sucedió que un día John Slatter vio uno de esos paquetes. En la vida hay que contar siempre con los imponderables. Llegaría el paquete no estando Joan en la oficina, y Slatter lo recogió. Algo así debió ser. Naturalmente, lo abrió y se enteró de su contenido. Debíó

tratar de localizar a Daniel Brown, pero las señas que figuraban en el remite eran imaginarias. Y entonces recurrió a mí.

—Un momento, Mac Coy. ¿Se figura que Slatter no pensó en su secretaria?

—No tenía por qué pensar en ella, puesto que era el primer paquete que veía. Y si lo hizo, debió de considerar que ella no era más que un eslabón de la cadena y que le interesaba más ponerse en contacto con la cabeza.

—¿Para qué?

—¿Es que no lo entiende? Slatter no era trigo limpio. Y aunque fuese poco valiente, como usted afirma, vio la posibilidad de sacar tajada del asunto. Tal vez pensaba hacer objeto de un chantaje a los dirigentes de la organización, o quizá reclamar que le dejaran participar en el negocio. Pero esto es algo que nunca sabremos con certeza. Lo único positivo es que Slatter decidió averiguar lo que pudiera con toda cautela para luego obrar en consecuencia. Por eso me llamó.

—¿Le dio él todas estas explicaciones?

—No. En realidad fue muy poco explícito. Quería que yo localizase a Daniel Brown y se limitó a decirme que este individuo le enviaba paquetes desde Chicago y que su nombre era probablemente falso. La tarea resultaba difícil, pero Slatter mencionó una cifra importante y me pagó una parte por adelantado. Yo acepté.

Mac Coy hizo una pausa para encender un cigarrillo. Luego continuó:

—En una ocasión me preguntó usted si Slatter me había recibido a solas, mejor dicho, si había alguien más en el despacho. Yo le contesté que *creía* que no, pero sin duda estaba equivocado. Joan debía de estar enterada ya de que el paquete remitido por Daniel Brown había caído en manos de Slatter; es de suponer que estuviera preocupada, inquieta por saber qué determinación iba a tomar él.

—Eso parece bastante probable.

—Tenga en cuenta —advirtió Mac Coy—, que todo esto es una teoría, un rompecabezas que yo he compuesto disponiendo de muy pocas piezas. El resto sale de aquí —se tocó la frente—. Cuestión de discurrir. Bien, lo casi seguro es que Joan oyó mi conversación con Slatter, avisó a alguien de lo que sucedía, probablemente al jefe de la organización, y más tarde se hizo la contradicción conmigo. Tuvo suerte, porque las mujeres son mi debilidad. Bebí como un bárbaro y ella intentó sin duda sonsacarme, aunque me figuro que con

resultado negativo. Nunca pierdo la cabeza del todo.

—Es una suerte —dijo con ironía el sargento.

—Cuando emprendí el viaje en dirección a Chicago, apenas me acordaba de nada, esa es la verdad. Luego recordé mi conversación con Slatter y el nombre de Daniel Brown. Pero nada más. Había todavía muchas sombras en mi cabeza. Y hace un rato, cuando me encontré con Brown en mi cuarto del hotel y charlamos, recordé las referencias de Slatter al envío de paquetes. Empecé a atar cabos, pero, lamentablemente, le mataron antes de que pudiera decirme lo más importante.

—¿Dónde encaja Diana Rice?

—Ella tomaba drogas, ¿no es así? Se había casado en secreto con Daniel Brown, que debió engañarla a conciencia. Respecto a su muerte... —el detective se encogió de hombros con displicencia, agregando—: También tengo una teoría, pero es demasiado pronto para exponerla, porque carece de bases concretas.

—¿Qué era lo que Brown quería de usted? ¿Por qué fue a verle?

—Brown vino a Springfield al enterarse del asesinato de Diana. Su reacción, aunque tardía, no fue la de un canalla. Me confesó que, en cierto modo, la amaba. Y quería matar a su asesino.

—¿Sabía quién era?

—Lo sabía, sí. Pero el tipo debe de ser muy listo y Sin duda intuyó cuál iba a ser la reacción de Brown, averiguó, no sé cómo, que estaba aquí, le siguió, y acabó con él antes de que pudiera decirme su nombre.

—¿Algo más?

—¿Le parece a usted poco?

—Me parece más que suficiente si logramos reunir las piezas que faltan: Pero usted debe andar con cuidado. Eliminados Slatter, Diana Rice, Brown y esta muchacha, aún queda alguien cuya existencia debe de ser motivo de preocupación para el criminal. Y ese es usted.

—¿Yo? —Mac Coy esbozó una sonrisa irónica—. No lo crea, sargento. Ese hombre es inteligente, muy inteligente. Y no morderá el cebo. Debe de estar muy seguro de que nadie le vio y ha supuesto que mis declaraciones al «Clarion» no eran más que un «bluff». De lo contrario ya hubiese intentado matarme.

—De acuerdo. Sin embargo, no olvide que mató a Brown cuando estaba con usted. Y lo probable es que no pudiera escuchar la conversación. Puede pensar que Brown le facilitó su identidad.

—¿Qué le pasa, O'Crowley? ¡Ah, ya sé! Le hemos sacado de la cama cuando estaba en el mejor de los sueños y su cerebro no se ha

despejado todavía.

—¿Por qué se burla? ¿No es lógico lo que le he dicho?

—En absoluto. Ese hombre ha demostrado, además de inteligencia, una gran sangre fría. Y tiene que haber supuesto que si no hemos ido ya a detenerle es porque Brown no me reveló su nombre.

O’Crowley se mordió los labios y eludió la respuesta.

—Otra pregunta —dijo—. ¿Cómo no disparó también contra usted? En aquel momento no podía estar seguro de que Brown no le hubiese comunicado su identidad.

—Yo vi una sombra en la ventana y me tiré al suelo como un rayo, aunque no puede alertar a Brown con la presteza que hubiera sido necesaria para librarle del balazo. Quedé fuera de la línea de tiro y el criminal debió de considerar excesivamente expuesto intentar matarme. Optó por escapar.

—Tiene usted respuesta para todo —admitió el sargento. Y lanzando un hondo suspiro, prosiguió—: La teoría es perfecta, Mac Coy. Sabemos muchas cosas, pero... no tenemos ni la menor idea de la identidad del asesino. O sea que, prácticamente, estamos igual que al principio, solo que con dos asesinatos más.

—No es esa mi opinión —sonrió el detective.

—Conque no, ¿eh?

—No.

—¿Puede decirme entonces a quién debo de arrestar?

Mac Coy consultó su reloj de pulsera, palmeó amistosamente la espalda del sargento y dijo:

—Voy a dormir un rato. Supongo que no me necesita. Sus hombres deben estar al llegar. ¿Puedo irme?

—Desde luego.

—Por cierto, O’Crowley, ¿piensa decirle a Young Rice lo del matrimonio de su hija?

—De momento, no, aunque me figuro que al final no quedará otro remedio. Y le va a hacer muy poca gracia saber que Diana estaba casada con un bandido.

—De acuerdo. Ya seguiremos hablando mañana. Buenas noches.

—Un momento. Me gustaría que antes de irse contestara a mi última pregunta.

—No la recuerdo —sonrió el detective—. ¿Quiere repetirla?

—Con mucho gusto. ¿A quién debo arrestar?

—A un hombre que tiene demasiada fe en sí mismo como tirador de pistola —declaró Mac Coy. Y dando media vuelta salió de la estancia con paso rápido.

CAPÍTULO X

Mac Coy se incorporó en el lecho. Bostezó. Se restregó los ojos. Volvían a llamar a la puerta.

—¡Ya voy! —gritó, abandonando perezosamente la cama.

Bruce Kells le dirigió una cordial sonrisa y exclamó:

—¿Puedo entrar?

—Sí, pase. ¿Qué diablos quiere usted?

—Nunca supuse que un investigador privado que se ocupa de un caso importante, pudiera estar durmiendo a las doce de la mañana —ironizó el periodista.

—Si supiera usted la cantidad de horas que el investigador privado le ha robado al sueño en los últimos días, quizá lo comprendiera —Mac Coy terminó de calzarse y empezó a ponerse los pantalones—. Llega un momento en que un hombre tiene que descansar pase lo que pase y no existe asunto ni preocupación alguna capaz de impedirselo. ¿Dice que son las doce?

—Exactamente.

—Siga hablando, Kells. Supongo que no le importará que me vaya adecentando entretanto.

—No, de ningún modo.

Mac Coy pasó al cuarto de baño. El periodista le siguió, apoyóse en el quicio de la puerta, encendió un cigarrillo y luego dijo:

—No le será fácil librarse de mí.

—No le comprendo.

—Quiero decir que voy a constituirme en su sombra. Resulta que siempre suceden cosas dónde está usted. Dos crímenes más, anoche, justifican mi interés, ¿no cree? Sobre todo teniendo en cuenta que uno de ellos fue cometido en esta misma habitación.

—En esta misma, no, amigo. Me cambiaron de cuarto. El otro está precintado por la Policía. Rutina, como diría mi amigo O'Crowley. ¿Hay mucha efervescencia en el hotel?

—Bastante. Al pasar por el vestíbulo he visto a varias personas que comentaban lo ocurrido. Y eso que, al parecer, el disparo no despertó a nadie.

—En efecto. El criminal fue tan considerado que aplicó un silenciador a la pistola.

Mac Coy empezó a lavarse la cara y su voz llegó a oídos del periodista como un murmullo.

—¿Qué es lo que se propone, Kells?

—Ya se lo he dicho. Constituirme en su sombra. Confío en que podré estar presente cuando se cometa el próximo asesinato.

—Abandone esa confianza, muchacho.

—¿Por qué?

—Porque sospecho que no habrá más asesinatos.

—¿No siquiera el suyo? Yo pensé que después de mi reportaje en el «Clarion»...

—Mucha gente pensó eso mismo, pero no el criminal. Alcánceme la toalla, por favor.

Kells cogió la toalla y se la tendió al detective, que empezó a secarse.

—¿Qué piensa hacer esta mañana?

—Investigaciones rutinarias, Kells. Se aburrirá a mi lado.

—No importa. Tengo material de sobra para escribir varios días y puedo permitirme el lujo de perder un poco de tiempo. ¿Por dónde van a comenzar esas investigaciones rutinarias?

—Aún no lo sé. Y además, tampoco he dicho que vaya a aceptarle como escudero.

—No se trata de que usted me acepte o no —sonrió Kells—. Un hombre puede ir si se le antoja a dónde vaya otro. Este es un país libre.

—Está bien. De momento iremos a cualquier sitio donde se pueda desayunar bien.

—¿No es bueno el desayuno del hotel?

—Sí, pero no deseo permanecer aquí. La gente es muy curiosa, empieza a hacer preguntas por menos de nada, y yo necesito trabajar y discurrir.

Mac Coy volvió a la alcoba, se puso la camisa y comenzó a hacerse el lazo de la corbata.

—¿Quién era Daniel Brown? —interrogó Kells.

—Lo lamento, amigo, pero no voy a añadir ni una palabra a la información que le hayan facilitado en Jefatura.

—¿Hubo dificultades con O’Crowley?

El detective se ajustó los tirantes de la pistolera y comprobó el cargador de la «Savage». Después, haciendo saltar ligeramente el arma en la mano izquierda, exclamó, como hablando consigo mismo:

—Es curioso. La mayoría de mis éxitos profesionales se han debido a esto. Pero ahora las cosas son muy distintas —guardó la pistola, suspirando—: Todo depende de las células grises.

—El caso aún no ha terminado —dijo Kells—. Puede que aún

tenga oportunidad de utilizar ese chisme.

—Puede.

Mac Coy se puso la chaqueta, recogió el reloj, que estaba sobre la mesilla de noche, y exclamó:

—¿Nos vamos?

—Cuando quiera.

Salieron del cuarto, descendiendo rápidamente a la planta baja. Stanley dejó la llave en el «comptoir», saludando con brevedad al gerente, y se lanzó a la calle seguido del periodista.

—Vamos a recoger mi coche. Tal vez lo necesite.

Fueron al garaje y se acomodaron en el coche de Mac Coy. Una vez en la calle, Kells indicó:

—Tuerza por la primera a la izquierda.

—¿Eh?

—¿No ha dicho que quería ir a un sitio donde se desayunará bien? Pues, entonces, siga mis instrucciones. Presumo que conozco la ciudad mejor que usted.

—Indudablemente —aceptó Stanley. Y torció por la calle que el periodista le indicaba.

Unos minutos más tarde estaban sentados ante la mesa de una cafetería. Mac Coy tenía delante un plato de huevos con jamón, tarta de manzana y un *whisky* con soda.

—Me pregunto —murmuró el detective con la boca llena— cuál será la razón por la que mataron a Diana.

—¿Intenta comportarse como si fuera Hércules Poirot? —inquirió Kells con sorna.

—Puede. Cuando no hay cosas tangibles a las que agarrarse, es necesario utilizar el cerebro.

—Posiblemente. Sin embargo, en los casos de asesinato, lo único tangible es detener al asesino.

—Eso es justamente lo que yo voy a hacer —declaró Mac Coy con naturalidad.

—¿Quiere decir... que conoce al asesino, que ha averiguado quién es?

—No.

—¿Entonces?

—Quizá me haya expresado mal. He querido decir que mi aspiración es esa.

—Me lo figuro. También es esa la aspiración de O'Crowley y la de todos los policías de Springfield, incluso la de todos los ciudadanos. A cualquiera, y, a mí el primero, le encantaría detener al criminal. Lo malo es que...

—Sin ánimo de ofender, Kells —le interrumpió el detective—, su charla me hace perder el hilo de las ideas. ¿No podría callarse?

—Guardaré silencio, palabra. Permítame recordarle, no obstante, que el doctor Watson opinaba con frecuencia en los asuntos de Sherlock Holmes. Y si mi papel...

—Tiene razón, muchacho. Pero usted mencionó antes a Poirot. Y ese no tenía ayudantes.

—Enmudezco.

—Gracias.

Cuando hubo terminado el desayuno, Mac Coy encendió un cigarrillo, se retrepó en el asiento y lanzó al aire una espesa bocanada de humo. Permaneció inmóvil, mirando a un punto indefinido del espacio y fumando lentamente, hasta que consumió el «Lucky». Luego, de pronto, interrogó:

—¿Hay en Springfield algún club de tiro o algo semejante?

—No intentará hacerme creer...

—Lo único que intento es que conteste usted a mi pregunta. ¿Lo hay o no?

—Sí.

—Muy bien. Vamos allá.

Stanley se puso en pie, abonó la cuenta, salió del establecimiento y se instaló ante el volante del coche. A su lado, Bruce Kells comentó:

—Quebrantando su prohibición de hablar, me permito preguntarle si es que tiene el propósito de distraerse tirando al blanco esta mañana.

—¿Y por qué no? Hace muchos días que no disparo y es conveniente practicar para conservarse en forma. ¿Por dónde?

—Siga derecho, yo le iré indicando. El club de tiro está en las afueras, en la carretera de Quincy, a unas cinco millas de distancia del casco urbano. ¿Puedo hacer otra observación?

—¡Haga lo que le dé la gana! Ya veo que no puede estar callado ni un minuto. Es absurdo que los periodistas sean, por lo general, tan habladores. Deberían dedicar sus energías a escribir.

—Preguntar es algo que forma también parte del oficio.

—Está bien. ¿Qué observación iba a formular?

—Se trata de Young Rice. Es uno de los principales animadores del club de tiro. Le gustan las armas, tiene un arsenal de lo más completo que pueda imaginarse y creo que dispara muy bien. Pero esto es una estupidez, supongo. Quiero decir, que respecto a los asesinatos...

—Quizá no sea una estupidez —dijo Mac Coy lentamente.

Kells abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero no llegó a pronunciar palabra. La recentrada expresión de Mac Coy, el sombrío gesto de sus ojos, algo indefinible, en fin, que observó en el rostro del detective, le impulsaron a guardar silencio.

Al llegar al club de tiro, Stanley frenó el coche, arrimándolo a la cuneta, y ordenó:

—Espéreme aquí, por favor.

—¿No quiere que entre con usted? Conozco a todos los empleados y quizá pudiera serle útil.

—¡No!

Mac Coy se apeó del coche, cerró con brusquedad la portezuela y se alejó por el camino de grava que llevaba a los edificios del club.

El periodista, encogiéndose de hombros, encendió un cigarrillo. Tal vez estaba perdiendo el tiempo lastimosamente, pero se habían cometido cuatro asesinatos y él era el encargado de escribir sobre aquel tema en el «Clarion». Necesitaba información y hasta aquel momento Stanley Mac Coy era el único que le había servido de algo. Parecía un tipo algo loco en algunos momentos, pero era indudable que tenía práctica y talento.

Le vio reaparecer media hora más tarde y acercarse al coche con el mismo gesto impenetrable que había mantenido desde que él, Kells, mencionó al Young Rice.

—Listo —dijo Mac Coy, poniendo el motor en marcha.

—¿Ha disparado mucho?

—Lo suficiente.

—Magnífico. ¿A dónde vamos ahora?

—A la Jefatura. Tengo que ver a O’Crowley y supongo que le encontraremos allí.

Pisó el acelerador hasta poner el coche a más de setenta millas por hora, y solo redujo la marcha cuando entraron en las calles céntricas de la población.

O’Crowley estaba en su despacho, sentado ante la gran mesa llena de papeles, escribiendo algo.

—Hola, Mac Coy —saludó al verle entrar—. Tengo noticias.

Miró significativamente al periodista, pero Stanley exclamó, ante el estupor de sus dos oyentes:

—Puede hablar delante de él, O’Crowley. Ya no importa.

—¿Por qué no deja que sea yo el que decida sobre ese particular?

—No pierda el tiempo, sargento. Tenemos prisa.

—Ustedes tendrán toda la prisa que quieran, pero yo...

—No se excite, hombre. Usted también tiene prisa. Vengan esas noticias.

—Hemos identificado a Daniel Brown.

—Esto está bien.

—Su verdadero nombre es Daniel Wingate. ¿Qué le parece?

—Me parece un nombre tan sutil como otro cualquiera.

—¿Pero es que no se da cuenta?

—¿De qué es de lo que no me doy cuenta?

—¡Era hermano de la secretaria de Slatter! Ella se llamaba Joan Wingate.

—¡Ah! Disculpe mi distracción, sargento. No oí el apellido de esa chica más que el día de la encuesta y no presté atención.

—Bien, esto puede aclarar muchas cosas, ¿no cree?

—Ya no hay nada que aclarar —sonrió Mac Coy—. Vamos.

El sargento entornó los ojos, mordió la punta de un cigarro, y sin llegar a encenderlo inquirió con acento receloso:

—¿A dónde vamos?

—Se lo explicaré por el camino. Estas cosas, cuanto antes se resuelvan mejor.

O’Crowley se puso en pie. Tenía muchos motivos para no despreciar las ideas de Mac Coy y pensó que era mejor no seguir discutiendo.

Cuando salieron de Jefatura, Mac Coy indicó:

—Iremos en mi coche. No necesitamos guardaespaldas. Al fin y al cabo somos tres hombres y él no es más que uno.

—¿De qué diablos está hablando?

—Suba, sargento. Acomódese bien. Y usted también, Kells.

El coche arrancó como una flecha. O’Crowley encendió su cigarro y rezongó:

—¿Quiere decirme de una vez a dónde nos lleva?

—A mí también me gustaría saberlo —le apoyó el periodista.

Mac Coy se puso a silbar una canción de moda. Al cabo de un rato, exclamó:

—¿Aún no lo han comprendido?

—¡No! —respondió O’Crowley.

—¿Y usted, Kells?

—La verdad, yo tampoco.

—Casi me arrepiento de haberle traído, muchacho. Un periodista debe ser sagaz. Siempre he oído decir que el instinto es algo muy importante para un reportero. Lo mismo —añadió con sorna—, que para un policía.

—La primera vez que hablamos —dijo el sargento en tono apacible—, en la «Clínica Jefferson», le dije a usted que, modestia aparte, podíamos considerarnos como dos hombres de cierta altura

mental. Si no fue eso exactamente, fue algo parecido.

—¿Y qué?

—Rectifico, Mac Coy. El único que posee una inconmensurable altura mental, es usted. Yo, a su lado, no soy más que un pigmeo.

—Gracias por la lisonja, pero creo que se valora usted demasiado poco. A lo mejor el pigmeo soy yo. Bruce Kells, que iba en el asiento delantero, junto a Mac Coy, vuelto de perfil para observar a este, dirigió de pronto una mirada al camino. El coche se desviaba en aquel momento de la carretera principal, para frenar bruscamente, con el morro del capot casi pegado a las grandes puertas de hierro.

—Esta es la casa de Young Rice —dijo el periodista.

—En efecto.

—¿Y qué venimos a hacer aquí? —preguntó el sargento con entonación casi hostil.

—Venimos a arrestar al asesino.



Es muy posible que la policía jamás descubra...

CAPÍTULO XI

—Antes de que pulse ese timbre —murmuró O’Crowley con voz silbante—, recapacite usted. ¿Está seguro de lo que va a hacer?

Mac Coy oprimió el timbre.

Franqueó el umbral tan pronto como el mayordomo abrió la puerta, seguido del sargento y de Bruce Kells.

El rostro del periodista reflejaba un estupor sin límites, y la expresión de O’Crowley era inquieta.

Fueron conducidos a la biblioteca y el sirviente se retiró, cerrando la puerta.

Mac Coy tomó asiento en un sillón, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo con mano firme. Bruce Kells ocupó una silla cerca de él. O’Crowley se dedicó a contemplar el jardín desde la ventana. De súbito, volviéndose, inquirió:

—¿Qué es todo esto, Mac Coy?

—¿No se imagina nada?

—Me imagino algo demasiado... Bueno —se encogió de hombros—. Usted sabrá lo que hace. Ya es mayorcito.

Ted Owen penetró en la estancia unos minutos después. Vestía un elegante y bien cortado traje de verano, color barquillo, y sus ojos, que a Mac Coy le parecieron en aquel momento más azules que nunca, contemplaron con moderada curiosidad a los tres hombres mientras saludaba:

—Buenos días, señores. El señor Rice está firmando unas cartas. Vendrá enseguida.

—Hola Ted —saludó con familiaridad el periodista—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Estoy muy ocupado, chico. Los asuntos de mi jefe son cada vez más complejos.

—La señorita Leyla —inquirió Mac Coy—, ¿se encuentra aquí?

—Sí.

—¿Podría avisarla? Nos gustaría hablar también con ella.

—Desde luego.

Owen hizo sonar un timbre y cuando acudió el mayordomo le ordenó que fuese a buscar a Leyla. Luego se sentó junto a la mesa.

La muchacha compareció al poco rato. Llevaba el mismo vestido negro con adornos de encaje en el cuello con el que Mac Coy la había visto por primera vez y el detective se dijo que nunca había

conocido una mujer tan atractiva.

Leyla miró con gesto de extrañeza a los cuatro hombres allí reunidos, pronunció un saludo cortés y luego inquirió:

—¿Querían hablar conmigo?

—Sí —contestó Stanley.

La joven no hizo más preguntas. Parecía inquieta, como si adivinara que la presencia de Mac Coy y del sargento O’Crowley no auguraba nada bueno.

Rice no se hizo esperar demasiado y cuando entró en la biblioteca no trató de ocultar su ansiedad.

—Supongo —dijo—, que han descubierto ustedes algo.

—Así parece —respondió O’Crowley, dirigiendo una penetrante mirada a Mac Coy—. Él se lo explicará.

—Adelante —murmuró Rice—. ¿De qué se trata?

Mac Roy se puso en pie, aplastó la colilla del cigarrillo en un cenicero y declaró:

—Solo hemos venido a puntualizar algunos pequeños detalles — la mirada del sargento se hizo agresiva, pero Stanley no pareció reparar en ello.

—¿Qué detalles? —demandó el millonario con voz fría.

—Pues... por ejemplo, tengo entendido que usted es muy aficionado al tiro. ¿Me equivoco?

—No, está en lo cierto, pero no comprendo... Tiene usted armas de todas clases, ¿no es así?

El rostro de Young Rice comenzó a tornarse purpúreo. Sin embargo, hizo un esfuerzo para dominarse y contestó:

—Tengo muchas armas, en efecto.

—¿Y es un buen tirador de pistola?

—Creo que sí.

—Bien, ese era uno de los detalles que me interesaba comprobar.

—Supongo, Mac Coy, que no habrá bebido —silabeó Young Rice.

—Solo café. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si usted ha relacionado de algún modo mi habilidad de tirador con los asesinatos de cuatro personas, entre las cuales se encuentra mi propia hija... El millonario no terminó la frase, pero la amenaza que su silencio encerraba pareció quedar flotando en el ambiente tenso de la biblioteca.

—Todo en la vida es relativo —dijo tranquilamente Mac Coy—. Las cosas se relacionan unas con otras directamente... o indirectamente. ¿Usted también sabe tirar, Leyla?

—Sí, pero...

—No, no es necesario que entre en explicaciones. Me basta con

eso.

—¡Y a mí me basta con lo que oído —tronó el sargento—, para dar por terminada esta escena absurda! Lo siento mucho, señor Rice. Creí que este hombre... ¡Vámonos!

—Más despacio, sargento. No he venido aquí con el único objeto de comprobar la extraordinaria calidad del señor Rice como tirador de arma corta. He venido a algo más.

—¿Y por qué no lo suelta de una vez? —masculló Rice—. Debe comprender que mi estado de ánimo no es el más apropiado en estas circunstancias para asistir a un juego de palabras que para mí no tiene ningún significado. Y lo mismo le ocurre a mi hija. Más valdría que me explicara usted lo que hay de ese individuo al que mataron delante de sus narices y también lo de esa otra muchacha asesinada. ¿Qué tenían ellos que ver con Diana? ¿Por qué los han matado? ¿Quién lo hizo? Conteste a esas preguntas, Mac Coy, y creeré que tiene algo dentro de la cabeza. De lo contrario, pensaré que cometí un terrible error al encargarle esta investigación.

Rice se había expresado en tono autoritario, propio de un hombre acostumbrado a mandar y cuyos deseos son siempre interpretados como órdenes.

Mac Coy le miró descaradamente, bailándole una sonrisa en los labios, y respondió:

—Contestaré cumplidamente a todas esas preguntas, señor Rice. Pero quizá fuera preferible que nos lo explicara el asesino. Él sabe más que nosotros.

El sargento O'Crowley se había puesto lívido. Bruce Kells estaba inmóvil, contemplando al detective con un gesto en el que se mezclaban el estupor y la lástima. Leyla tenía los ojos muy abiertos y respiraba agitadamente. Ted Owen miraba a Mac Coy con su habitual expresión de ingenua curiosidad.

Y en el centro de la estancia, frente a frente, como dos luchadores que se disponen a lanzarse el uno sobre el otro, Mac Coy y Young Rice.

—¡Salga de aquí! —ordenó al fin el millonario, señalando la puerta con imperativo ademán—. Si todo lo que hasta ahora ha averiguado es que el asesino sabe más que nosotros, sus servicios ya no me interesan. ¡Fuera!

—No conviene excitarse —suspiró Mac Coy—. La cosa está muy clara y su actitud no me gusta, señor Rice. Trabajo por encargo suyo, pero no soy un criado.

—Lo admito, Mac Coy. Pero la paciencia humana tiene un límite y yo ya he llegado a ese límite. ¡Márchese!

—Conforme. Me iré. Pero antes contésteme a una pregunta. ¿Debo irme solo o debo llevarme arrestado al criminal?

—¿Qué está diciendo?

—Será mejor que me permitan terminar de explicarme —sonrió el detective—. Ya he esperado demasiado tiempo. *La persona* —recalcó mirando a Leyla— que cometió esos asesinatos, cometió también algunos errores. Y los errores se pagan. Uno de ellos fue creerse infalible con una pistola en la mano. Otro, consistió en despreciar mis declaraciones a la Prensa. Porque yo, efectivamente, *vi a esa persona*. Pero sin duda creyó que se trataba de un «bluff». Y se equivocó.

Miró en torno suyo lentamente, con expresión sombría. Y de pronto alargó el brazo izquierdo, asió por el cuello de la americana a Ted Owen, le levantó en vilo y acercando su rostro hasta rozar casi el del secretario, exclamó, despectivo:

—El error más reciente ha sido presentarse en esta habitación sin que nadie le hubiera llamado.

Extendió bruscamente el brazo, abriendo la mano, y Ted Owen salió despedido y fue a caer de espaldas contra la pared.

—¡Esto ha terminado! —anunció Mac Coy. Y su dedo índice apuntó, acusador, al secretario de Rice—: Le vi perfectamente aquella noche, en la carretera de Chicago, cuando disparaba sobre Diana.

—¡Mentira! —gritó Owen con el rostro descompuesto—. Nadie pudo ver... Se interrumpió demasiado tarde.

—Este —sonrió Mac Coy—, es su último error, Owen. El peor de todos.

Se irguió el criminal con agilidad felina, llevándose la mano la bolsillo trasero del pantalón.

Mac Coy salvó de un limpio salto la distancia que le separaba de Owen, levantó el puño izquierdo y golpeó con brutal contundencia. Owen, alcanzado de lleno en el mentón, se desplomó sin conocimiento.

El detective se chupó pensativamente los nudillos, limpiándose después con un pañuelo el sudor de la frente.

—Puede sacar las esposas, sargento —indicó—. Ahí tiene a su hombre.

Young Rice dirigió a su secretario una mirada fría, acusadora, terrible, y murmuró entre dientes algo que nadie pudo entender. Leyla empezó a sollozar. El sargento no pronunció palabra, pero su forma de mirar a Mac Coy era harto elocuente. Bruce Kells dijo algo a propósito del mayor éxito profesional de su vida.

En la pausa que siguió podía escucharse, perfectamente la respiración contenida de todos los espectadores del drama. Al fin, O'Crowley inquirió, señalando el cuerpo inconsciente de Owen:

—¿Cómo lo averiguó, Mac Coy?

—En realidad no averigüé nada —sonrió el detective—. Lo que hice fue adivinar. ¿Recuerda que le dije que debía buscar a un hombre que tenía demasiada fe en sí mismo como tirador de pistola?

—Sí, pero aún no he llegado a comprenderlo.

—Es muy sencillo, O'Crowley. Un tipo que no hubiese estado poseído de su habilidad con las armas, no se hubiera marchado sin comprobar que Diana Rice estaba muerta. Recuerde que la muchacha vivía cuando yo la encontré y que llegó viva al quirófano de la «Clínica Jefferson». Por eso supuse que el hombre que disparó sobre ella se había largado en el acto, convencido de la infalibilidad de su disparo.

—¿Pero cómo pensó en Owen?

—Por un proceso de deducción y con la ayuda de la suerte. Esta mañana le pregunté a Kells si había aquí, en Springfield, algún club de tiro o cosa parecida. Me contestó que sí y comentó que el señor Rice era el principal animador de ese club de tiro y un extraordinario tirador. Fui allí y estuve haciendo algunas indagaciones.

—¿Es que sospechaba de mí? —interrogó el millonario con voz dura.

—No lo sé. Yo seguía una pista vaga; más que una pista, era una idea. Y uno de los encargados del campo me dijo algo que resultó altamente significativo. Más o menos fue esto: «El señor Rice tira muy bien. Y también su hija. Pero no son más que unos aprendices al lado del secretario. Ese sí que es un fenómeno con la pistola. Aquí viene a practicar muy raramente, pero cuando le he visto me ha dejado asombrado». Entonces, sargento, completé mi teoría. ¿Por qué habían asesinado a Diana Rice? Seguramente porque averiguó la identidad del hombre que dirigía en Springfield la organización dedicada al tráfico de estupefacientes. Y era necesario silenciarla. Sin embargo, ¿por qué la temían? Ella estaba mezclada en el asunto, aunque fuese indirectamente. Necesitaba las drogas...

—¿Quiere decir que mi hija...?

—Espere, señor Rice. Hay muchas cosas desagradables respecto a su hija que usted ignora. El sargento se lo explicará todo más tarde. Continúo mi razonamiento, O'Crowley. Ella necesitaba las drogas, estaba casada en secreto con uno de los miembros de la

cuadrilla.

—¡Santo Dios, Mac Coy! ¡Esto es excesivo! ¿Mi hija estaba casada?

—Sí, señor. Tenga un poco de paciencia. Termino enseguida. ¿Por qué entonces les preocupaba el hecho de que ella conociera la identidad del jefe, hasta el extremo de decidir quitarla de en medio? Tal vez porque se trataba de alguien a quien conocía muy bien y de quien nunca hubiera sospechado; de alguien íntimamente ligado a la familia Rice; de alguien, en fin, que tenía motivos muy concretos para no desear que Diana conociese su doble personalidad. Entonces pensé en este tipo. Un formidable tirador de pistola. ¿Va comprendiendo?

El sargento asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero hay algo más —prosiguió Mac Coy—. En el club de tiro averigüé también que Ted Owen tenía un departamento alquilado en el número ochenta y tres de la calle Buffalo. ¿Recuerda que cuando encontramos muerta a Joan, el vigilante del edificio aseguró que allí no había entrado ninguna persona extraña, que solo había visto a algunos inquilinos?

—Cierto.

—Eso acabó de perfilar mis sospechas. No me sorprendería comprobar que entre Owen y Joan existía alguna relación... de tipo íntimo. Vine aquí con ustedes a jugar una carta desesperada. No tenía ninguna prueba, nada en que basarme, aparte de mis propias deducciones y de mi instinto. Owen compareció y se quedó aquí, a pesar de que nosotros no habíamos insinuado siquiera que deseáramos hablar con él. Me di cuenta de que, a pesar de su formidable sangre fría; estaba inquieto y quería averiguar la razón de nuestra visita, quería estar presente cuando habláramos con Rice. Intencionadamente quise causar primero la impresión de que sospechaba de usted, señor Rice. Luego, insinué que mis sospechas podían ir dirigidas también contra su hija Leyla. No fue más que una escena preparada para buscar después un golpe de efecto, porque era mi única posibilidad.

Mac Coy hizo una pausa, respiró hondo y concluyó:

—Por suerte, todo salió bien.

Se incorporó lentamente Ted Owen, con las manos esposadas, y miró en torno suyo con expresión sombría. Ya no había ingenuidad alguna en el fondo de sus pupilas y sí, en cambio, un terrible fulgor de ira y de rencor.

—Termine usted el asunto, sargento —indicó Mac Coy—. Owen puede facilitarle las piezas que faltan para completar el

rompecabezas. Yo voy a comer algo. ¿Me acompaña, Leyla? Aquí van a escucharse demasiadas cosas desagradables.

La muchacha vaciló unos momentos y, por fin, salió de la estancia, seguida de Mac Coy.

EPÍLOGO

En el jardín, a la sombra de un corpulento árbol, Mac Coy dejó sobre la mesa de piedra el vaso de cerveza, se limpió los labios y dijo:

—Debió confiar en mí aquella noche, Leyla. Aunque quizá no hubiéramos adelantado nada. ¿Sabía usted que su hermana estaba casada en secreto?

—Sí. Me lo confesó una vez hace algún tiempo. Llevaba una temporada comportándose de una manera extraña. Parecía nerviosa y preocupada, y otras veces, en cambio, daba la impresión de encontrarse abatida, indiferente, cansada. Nunca me dijo quién era su marido y, además, creo que después se arrepintió de haber tenido conmigo aquel rasgo de confianza.

—¿Sabía que tomaba drogas?

—Lo sospechaba.

—Bien, ya todo ha terminado —suspiró Mac Coy—. Ya ve cómo tenía razón cuando le dije a usted que en asuntos de esta naturaleza es inútil tratar de evitar que se remueva el cieno.

—Fui un poco estúpida, lo comprendo.

—Y por un momento llegó a desconcertarme. Pero enseguida me di cuenta de cuáles eran los motivos que la impulsaban a obrar así.

Llegó un coche de la policía, del que descendieron dos agentes que penetraron en la casa. Volvieron a salir poco después, escoltando a Ted Owen, y el coche se alejó.

—Vamos —dijo Mac Coy.

En la biblioteca, Bruce Kells escribía apresuradamente y Young Rice charlaba en voz baja con el sargento O’Crowley. Este, al ver entrar a Mac Coy, inquirió con ironía:

—¿Ha repuesto ya su estómago?

—Sí.

—Bien, el rompecabezas está ahora completo. Ted Owen ha cantado de plano. Él era el jefe de la organización y los hermanos Wingate, sus auxiliares de confianza, y los únicos que conocían su identidad. Diana conoció a Daniel Wingate en una fiesta. Era uno de esos hombres que saben enamorar a las mujeres y consiguió casarse con ella en secreto. Un buen golpe para los traficantes en drogas, puesto que Diana era una formidable cliente. La tenían en sus manos y la sacaban el dinero en dosis masivas.

Continúe, sargento.

—Cuando Joan se enteró de que John Slatter había abierto uno de los paquetes de drogas, avisó a Ted Owen por lo que pudiera ocurrir. Más tarde, cuando llegó usted, Mac Coy, y Joan escuchó la conversación que sostenía con Slatter, telefoneó a Owen para darle cuenta de lo que había oído y se marchó del despacho para fingir luego un encuentro con usted y tratar de sonsacarle incitándole a beber. Owen, alarmado, decidió eliminar a Slatter. Fue a su despacho y le descerrajó un tiro. Pero cuando iba a marcharse, apareció Diana, no sabemos por qué. Tal vez iba a entrevistarse con Joan para algo relacionado con Daniel, quizá para solicitar drogas. El caso es que Owen solo tuvo tiempo de ocultarse para que ella no le viera. Y ahí empezaron a torcésele las cosas. Desde su escondite vio, estupefacto, que John Slatter, al que aún quedaban unos segundos de vida, se incorporaba al ver a Diana y le revelaba el nombre de su asesino.

—Comprendo —dijo Mac Coy—. Al escuchar aquel nombre, Diana había firmado su propia sentencia de muerte.

—Así fue. La muchacha debió de sufrir una impresión terrible al encontrarse con un hombre agonizante y enterarse de la doble personalidad de Ted Owen. Perdió el control de sus nervios y echó a correr, sin que Owen, desde su escondite, tuviera tiempo de dispararle. Si Diana se dirigía a Chicago para reunirse con su esposo o si iba a la finca para hablar con su padre, es algo que no sabremos jamás. Owen la siguió en otro automóvil, alcanzándola a diez millas de aquí, y mediante una hábil maniobra la obligó a detener el coche. Ella, al descender del vehículo y ver a Ted, echó a correr. El criminal disparó, alcanzándola en la espalda y emprendió el regreso. Como usted dijo siempre, Mac Coy, tenía demasiada fe en su habilidad como tirador.

Tras una pausa, siguió diciendo O’Crowley:

El resto ya sabe usted cómo ocurrió. Owen temió la reacción de Daniel Brown, quizá porque ya se había percatado de que, a su modo amaba a Diana; vigiló su llegada a Springfield, le siguió hasta el hotel donde usted se aloja y le mató. Después debió pensar que Joan Wingate no se resignaría ante la muerte de su hermano y decidió eliminarla también. De este modo desaparecían todas las personas que conocían sus turbios manejos y él podía respirar tranquilo.

La mirada del sargento permaneció fija unos instantes en el rostro de Mac Coy. De pronto añadió:

—Y de no haber sido por usted, es posible que hubiera

conseguido sus propósitos.

Se puso en pie, tendió la mano a Young Rice y murmuró:

—Haremos todo lo necesario para que el asunto tenga la menor publicidad posible, señor Rice. Nunca es agradable hurgar en el lodo.

—Gracias, sargento —repuso el millonario estrechando la mano de O’Crowley. Luego miró a Bruce Kells como si hasta aquel momento no se hubiera percatado de la presencia del periodista, que seguía llenando cuartillas—. ¿Y ese hombre? —inquirió.

Kells alzó la mirada, lanzó un profundo suspiro y declaró:

—Puedo romper todo eso. Es más, voy a hacerlo. Pero no se le ocurra pensar que lo hago por temor a su influencia, señor Rice. Mi periódico se limitará a publicar la versión oficial de los hechos.

—Gracias —musitó Rice, alargándole la mano—. Hace usted bien en no tenerme miedo. Y recuerde que si en alguna ocasión necesita algo de mí, tendré un verdadero placer en atenderle—. Su voz era ronca y un poco trémula y Mac Coy tuvo la impresión de que el millonario estaba a punto de perder el control de sus nervios.

O’Crowley se despidió.

—No le digo nada, Mac Coy. Ya sabe dónde estamos. Gracias por todo.

—No hay de qué sargento.

—Les acompaño a ustedes —dijo Young Rice. Y salió, seguido de O’Crowley y del periodista.

Stanley Mac Coy se volvió a mirar a Leyla, exclamando:

—¿Sabe una cosa? La otra noche, cuando estábamos hablando en su automóvil, casi a oscuras, se me ocurrió un pensamiento absurdo.

La muchacha no contestó y el detective, en vista de su silencio, prosiguió:

—Pensé... que sería agradable besarla, Leyla.

—¿Y ya no lo piensa?

Alargó lentamente los brazos y la atrajo hacia sí, sin que ella hiciera nada por resistirse. Luego, poco a poco, los labios del hombre se inclinaron sobre la entreabierta boca femenina.

FIN

Cuando Marek Ray descubrió el cadáver de su compañero en la habitación, comprendió que su deber era vengarle por encima de todo...

Así se inicia la acción de



TRAGICA INTRIGA

¡Vió caer destrozadas sus más caras ilusiones, pero sintió renacer de ellas, el amor puro y limpio de la mujer a quien consideraba su peor enemiga!

TRAGICA INTRIGA

Una novela apasionante como pocas que firma el famosísimo

ALF REGALDIE

y que le ofrecerá la próxima semana

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡No deje de leerla!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BIRCHES"

501 — Peter Debye
LA CUADRILLA DE JESSE
JAMES

COL. "SERVICIO SECRETO"

265 — Alan Carson
VEINTE DOLARES
DE TIEMPO

COLECCION "BUFFALO"

198 — Mark Halloran
JINETES EN EL CIELO

COLECC. "Salvaje Tierra"

86 — Mikky Roberts
LLEGAR Y MORIR

COLECCION "CALIFORNIA"

45 — Donald Curtis
MURIO EN SACRAMENTO

COLECCION "FIMFINELA"

566 — Jesús Navarro
SIN ESCUDO NI BLASON

COLECC. "MADREPERLA"

456 — María Teresa Sesé
LOS PESARES DE TIA
MARGARITA

COLECCION "ROSAURA"

406 — Armando Sandoval
LA LEJANA LLAMADA

COLECCION "ANAPOLA"

287 — G. Colomer
RIVALES EN AMOR

COLECCION "ALONDRA"

239 — Amparo Lara
CON LAS ALAS QUEMADAS

COLECCION "CAMELIA"

181 — May Carré
EL ALMA EN UN BESO

COLECCION "ORQUIDEA"

150 — Trini de Figueroa
EN UN CASTILLO
NORMANDO

COLECCION "CORAL"

29 — Corín Tellado
DESPUES DE AQUELLA
NOCHE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona u Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

**¡VIVA AHORA SU VIDA,
AMABLE LECTOR!**

**Pero vívala adecuadamente,
siguiendo las indicaciones de**

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

**¡Acaba de aparecer
la 2.ª edición!**

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

**por
JOHN A. SCHINDLER**

**Será su amigo durante las
veinticuatro horas del día**

**Pida este volumen en quioscos
y librerías**

PRECIO: 60 PTAS.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Más de CIENTOS
CHISTES como éste, hallará
usted en*

**SELECCIONES
DE HUMOR DE
"EL D. D. T."**

¡La alegría y el buen humor deben ser sus compañeros!

Nosotros le brindamos la ocasión de que pueda seguir esta máxima. Adquiera

**SELECCIONES
DE HUMOR
DE "EL D. D. T."**

¡Y recuerde que ya aparece semanalmente!

Precio 2 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y PUESTOS DE PERIÓDICOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



La mujer gritó desesperadamente, incapaz de detener la pelea entre los dos hombres. Poco podía imaginar, sin embargo, que llevaba...

LA MUERTE EN LOS OJOS

Este es el título que el famosísimo

A. Rolcest

ha dado a su último y más apasionante relato

LA MUERTE EN LOS OJOS

¡Una novela que no se borrará de su mente con facilidad!

COLECCION BISONTE EXTRA

la publicará en su próximo número, incluyendo además en este volumen, tres apasionantes novelas *gráficas*

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Los recuerdos acudían a la mente de Peter Glem en aquellos instantes. Pero nadie pudo decir que tenía miedo cuando voluntariamente inclinó la cabeza para que la cuerda cñiera mejor su garganta...



Así inicia el famosísimo

SILVER KANE

la acción de su último y más apasionante relato

Lo siento, compañera

¡Una novela que cautivará su atención desde el primer instante por la trepidancia de su argumento!

LO SIENTO, COMPAÑERA

es el título que la próxima semana publicará

COLECCION BUFALO EXTRA

que además le ofrecerá en este volumen, las apasionantes novelas gráficas: "El sheriff negro", "Luchando por su destino", y "La legión de Arizona."

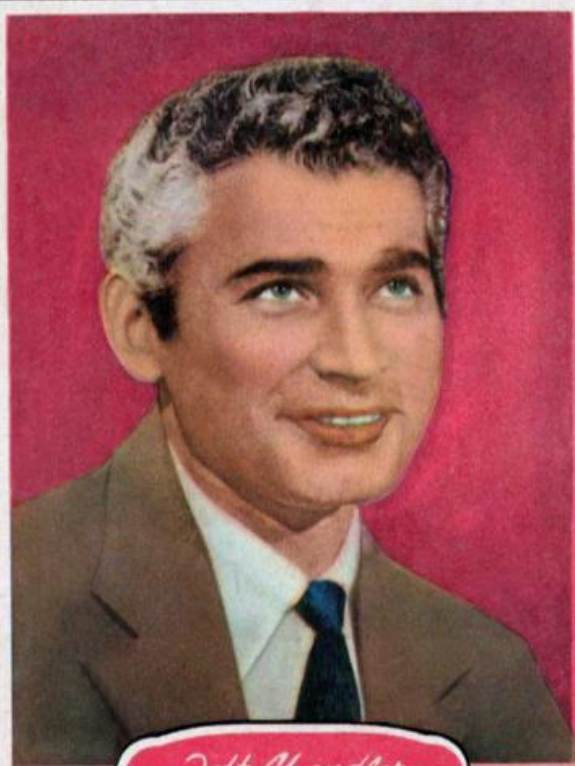
Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Jeff Chandler

N.º 515 Alcanzó la fama al encarnar a *Cochise* en "Flecha rota". Jeff nació en Brooklyn el 15 de diciembre de 1918. Últimamente ha intervenido en "Atilo", "Entre dos amores" y "Proa al sol".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4